

1 pta



JEVA VON BERNE
JOHN GILBERT
ALMA RUBENS

EDICIONES BISTACHE



LA MÁSCARA DEL DIABLO

REVISADO POR LA CENSURA
PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

La Máscara del Diablo

Asunto moderno, dirigido por
VICTOR SEASTROM

Producción «Non Plus Ultra»
Metro - Goldwyn - Mayer

Distribuida por
METRO - GOLDWYN - MAYER
IBÉRICA, S. A.
Mallorca, 220
BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTERPRETES:

| | |
|------------------------------------|------------------|
| <i>Erwin Reiner.</i> | JOHN GILBERT |
| <i>Condesa Zellner</i> | ALMA RUBENS |
| <i>Virginia.</i> | EVA VON BERNE |
| <i>Octavio.</i> | RALPH FORBES |
| <i>Conde Pallister</i> | THEODORE ROBERTS |
| <i>Conde Zellner</i> | FRANK REICHER |
| <i>La Ila de Virginia.</i> | ETHEL WALES |
| <i>La ballarina</i> | POLLY ANN JOUNG |

La Máscara del Diablo

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Existe en Viena una iglesia, famosa por una singular vidriera representando la victoria del Arcángel San Miguel sobre el diablo.

Muchos son los curiosos que se estacionan ante el bello ventanal, pero son contados los que conocen el drama que aconteció a los protagonistas de esta famosa pintura.

Hace algunos años cuando el conde de Palester se encargó de pintar las vidrieras de la iglesia de San Francisco, buscó inútilmente en toda Viena un modelo adecuado para representar al Arcángel San Miguel..

Finalmente, cuando ya desesperaba de encontrar el tipo adecuado para simbolizar la maravillosa e inquieta figura del Arcángel, decidió utilizar para ello al barón Erwin de Reiner, uno de los más opulentos y jóvenes aristócratas de Viena.

Sólo después de una obstinada resistencia, pudo el conde de Palester, el pintor distinguido y académico, conseguir que el joven Erwin le sirviera de modelo.

Todas las mañanas, el barón dirigíase al estudio de su viejo amigo para que éste pintara un ven-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

tanal que fuera el placer y el asombro de los amantes de la belleza.

Erwin, muchacho arrogante, de envidiables dotes físicas, de una simpatía irresistible, verdadero nieto de Don Juan, pero con mayor distinción que el aventurero andaluz, consideraba al conde de Pa-lester como a un verdadero padre. Erwin tenía veinticinco años. El conde sesenta. Y por la ternura filial que le profesaba, había accedido a la larga monotonía de las mañanas de pose en el estudio, permaneciendo inactivo y triston mientras el artista movía con temblor febril los pinceles que acaso le dieran la inmortalidad.

¡Ah, sacrificar unas horas de paseo, de gimnasia o de reposo en la dulce blandicie del lecho! El conde no sabía nunca a qué heroico grado de heroísmo había llegado su camarada.

Erwin era millonario. Jamás conoció el valor del dinero, ni supo nunca lo que era ganarlo. Sus padres al morir le legaron una fortuna cuantiosa, sólida y firme. Habría de hundirse medio mundo, suceder las cosas más extrañas y ab-

surdas para que Erwin se viera ahogado a la pobreza. Un río de oro iba continuamente hacia él, ofreciéndole la dulce ilusión de un caudal eterno.

Y como Erwin era algo poeta quería embellecer la vida a su alrededor. Gastaba el dinero en suntuosos lujos y en espléndidos regalos para las mujeres, la gran debilidad de su existencia.

Collares de perlas, pendentifs, brazaletes de brillantes, sortijas que hacían pensar en las joyas orientales, abrigo de pieles magníficos, vestidos y zapatos que valían un dineral, automóviles de las mejores marcas, relucientes y suaves como juguetes... Esto y mucho más era lo que ofrendaba a sus amigas para pagar lo que ellas le daban: la miel de sus labios, la sonrisa de sus ojos, la posesión de su amor...

¡Cuántas, cuántas cayeron! Como los grandes amadores de la leyenda o de la historia, su existencia sólo tuvo un objeto: querer... No respetó tampoco el pecado ajeno.

Sus aventuras eran simultáneas;

y en su elegante carnet de notas tenía que apuntar las distintas horas de las citas... No se le fuera a olvidar alguna... Un caballero no hace esperar a su dama:

Ahora, durante los días en que servía de modelo a su amigo el conde de Palester, vivía dos aventuras. Una de sus amigas, era cierta bailarina del teatro de la Ópera, criatura frívola y ligera que, como Erwin, gustaba de variar de amor; la otra era la condesa de Zellner, una casada pecadora que manchaba con su conducta los blasones nobiliarios del marido.

A Erwin eso no le importaba. En último caso todo lo arreglaba con un desafío al que ponía un buen fin su habilidad de esgrimista y de tirador. Nunca creyó que la muerte pudiera vengarse de sus hazañas.

Algunos días, para entretener el ocio a que le condenaban las sesiones de arte en el estudio, sentado detrás de unas grandes alas que le daban aspecto de ángel, Erwin invitaba a la bailarina a ir a casa del conde de Palester. A su lado, conversando con la insustan-

cial criatura, las horas volaban más que de prisa... Y el pintor tenía que resignarse a aquella compañía, temeroso de que, en otro caso, Erwin acabara por marcharse de modo definitivo.

Y eso hubiera sido terrible. Por fortuna tal caso no ocurrió y pudo Palester dar cima a su vigorosa pintura en que resplandecía el triunfo del Bien sobre el Demonio.

Las facciones del Arcángel San Miguel eran las mismas que las de Erwin, pero embellecidas por un halo de piedad, por cierta luz espiritual. Así debían ser los serafines que en el cielo forman la adorable corte del Señor.

Una tarde, terminado ya el ventanal, el barón Erwin de Reiner y su amiga charlaban amablemente mientras paladeaban el néctar de un bien preparado te.

Palester, que había dado sus últimos toques a la pintura armoniosa y soberana, fué advertido por un criado de la llegada de unos visitantes.

Llamando aparte a su amigo Erwin, le dijo:

—Los condes de Zellner están

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

aquí... Sería preferible que despidieras a la bailarina.

—No me pidas eso.

—Es preciso. En mi estudio exijo seriedad.

Y a tiempo que salía para ir a recibir a sus amigos, Erwin explicó a la artista que le contemplaba con impaciencia:

—Son los condes de Zellner, querida. Quédate y te presentaré a ellos.

—No. Todo el mundo sabe que la condesa es una de las damas más virtuosas de Viena. Se hallaría demasiado incómoda ante una danzante.

—¿Eres admirable! De todas maneras sé de muchos condes que darían cualquier cosa por conocerte.

—¿Me perdonarás si me marcho?

—Mi mayor debilidad consiste en perdonárselo todo a las mujeres hermosas.

Y dándole un intenso beso en los labios la dejó partir por la parte posterior del estudio.

Segundos después fué Erwin a

la antesala donde estaban los condes de Zellner.

Era el conde hombre de unos cincuenta años, frío y presuntuoso, muy pagado de su orgullo aristocrático. Su mujer era más joven que él y no llegaba a los treinta. Delgada y ondulante, su cuerpo evocaba la serpiente.

—Les agradezco mucho que hayan aceptado mi invitación para ver mi obra—decía Palester.

—Ya sabe que le admiramos, Palester—respondió el conde, sonriente.

Erwin, después de estrechar vigorosamente la diestra del marido, depositó en la mano serena y pálida de la condesa, un correcto beso.

Pasó por su imaginación el recuerdo de las horas de intimidad vividas con aquella mujer, y dijo:

—Solicito el derecho de mostrar a la condesa el ángel que era yo, sin saberlo.

—Encantada con su compañía.

Los dos avanzaron hacia el estudio, mientras Zellner se entretenía aún en la salita comentando los diferentes cuadros que adorna-

ban los muros. Ella lanzó una exclamación de júbilo al contemplar la famosa vidriera.

—¡Magnífico! ¡Es tu propio rostro! Palester es un verdadero artista.

—Así lo creo yo.

Pero la condesa, cambiando rápidamente de tono, exclamó mientras sus manos acariciaban a Erwin:

—¿Me sigues queriendo como siempre, Erwin? ¿No me engañarás?

—Tu amor me ha conducido a la desesperación, mi querida Helen—exclamó con fingido arrebatado de entusiasmo—. Estoy decidido a confesárselo todo a tu marido... o a hacer la mayor locura por ti.

No creía demasiado en aquellas palabras, dichas mil veces a diferentes mujeres, pero Helen las creyó de veras, se sintió tibia y profundamente amada por aquel hombre, y poseída de un ardor misterioso, le dió un rabioso beso en los labios.

—Yo tampoco puedo vivir sin ti, Erwin... Nunca he sido tan feliz como en estos últimos tiempos.

Te necesitaba, Erwin. Mi vida, a pesar de mis riquezas, es de soledad... Yo no quiero a Zellner.

—Lo supongo, niña mía.

Palester abrió la puerta que separaba la antesala del estudio y retrocedió, sorprendido, al ver que la condesa y el pintor estaban confundidos en un abrazo.

Volvió a cerrar rápidamente, impidiendo que el conde de Zellner pudiera comprobar la infidelidad de su esposa.

¡Ese Erwin! No respetaba nada, nada, ni la amistad, ni la mujer de un buen amigo, ni la propia estimación...

Entretuvo unos instantes a Zellner mostrándole otras pinturas, y luego volvió a empujar suavemente la puerta y levantó muy fuerte el tono de la voz a fin de que los amantes advirtiesen su presencia.

Helen y Erwin habían recobrado la serenidad, y Helen dijo a su marido que se hallaba bien inocente de su deshonra:

—Es una vidriera preciosa...

Lo mejor que se ha pintado nunca, Zellner... Bien es verdad que Palester tenía un gran modelo.

Zellner examinó atentamente la pintura, la famosa vidriera que la luz difusa de la tarde parecía acabar de colorear de algo etéreo.

Palester miraba con cierta frialdad a su amigo Erwin y sentía contra él una repentina admiración... Nada para él estaba vedado. ¿Creía acaso como un señor feudal que debían rendirle tributo todas las mujeres? Pero Erwin, creyendo adivinar lo que pasaba por el alma de su amigo, sonreía inocentemente, con la propia sonrisa estereotipada en los labios del Arcángel. La condesa procuraba mantenerse tranquila, esforzándose por distraer la mirada y no seguir contemplando con delictiva atención al angelical modelo.

Zellner después de un largo examen del ventanal, dió su opinión:

—Es realmente una gran obra, Palester... ¿Y no se han fijado? Se diría que existe una semejanza entre el Arcángel y el demonio.

—¿De veras?—exclamó su mujer.

Todos se arremolinaron ante la vidriera y pudieron comprobar la exactitud de aquella observación.

Palester sonreía, pues ni el propio Erwin se había dado cuenta de ello. Pero el demonio tenía cierto vago parecido con el rostro del Arcángel; las mismas facciones, mas horriblemente afeadas, y así como el Arcángel San Miguel conservaba en los ojos el inefable candor de los serafines, en las pupilas del diablo flotaba una invisible cólera, un temblor de odio mortal del que se debate en la impotencia.

—De modo que yo le he servido de modelo para las dos cosas, ¿no? ¡Eso es intolerable!—dijo Erwin, riendo.

—Me explicaré—contestó el pintor—. Para el Arcángel me ha servido la cara real de Erwin de Reiner, y para el demonio me he inspirado en lo que debe ser su alma.

—Bonito concepto tiene usted de mí—le dijo Erwin riendo, sin dar demasiada importancia a sus palabras.

—Es usted injusto, Palester. Si yo pudiera servir de juez en este pleito diría que la cara del barón Erwin sólo denota una clara conciencia—agregó Zellner.

—¡Muchas gracias! Pero si la condesa hubiera de emitir su juicio, estoy seguro de que quedaría malparado—añadió el barón.

—No tiene usted razón. Helen piensa igual que yo, ¿verdad, querida?

—Naturalmente, Zellner y más en ese caso.

—Es admirable poder conocer siempre la opinión de su esposa...

Todavía estuvieron hablando unos minutos. Los Zellner no aceptaron por tener aún que asistir a una fiesta de beneficencia, el te con que el pintor quería obsequiarles.

Marcharon del estudio haciendo nuevos elogios de Palester y de su modelo.

Vió el pintor cómo la condesa que caminaba detrás del marido, apretaba fuertemente la mano de Erwin y le murmuraba unas palabras.

¡Canallas! ¡Engañar al pobre conde! ¡Envolverle en una oleada de barro!

Y cuando los condes hubieron partido, Palester recriminó duramente a su amigo aventurero.

—¡Cuanto más te miro, más me sorprende el haberte elegido para representar mi Arcángel!—le dijo.

—¿Por qué, mi viejo padrecito?

—Lo he visto todo... Tú y la condesa...

—¿Qué quieres? La vida es de los audaces. ¿Vamos a dejar de recoger la fruta de oro que encontramos en el camino?

—Se devuelve a su amo... y en paz.

—Mi sed es inextinguible, querido Palester... Esa mujer me gusta... como las otras, sin que ninguna haga mella en mi corazón.

—No hables de corazón. No sabes lo que es eso. Estoy seguro que no crees en el alma de las mujeres.

—Me interesa otra clase de belleza. Pero no protestes más, que ya te has vengado bastante de mí, poniéndome con rostro de diablo...

Y riendo a carcajadas, abandonó el estudio, sin atender los buenos consejos de aquel hombre que hubiera querido que Erwin sentara la cabeza y se casara.

Subió a un automóvil y se hizo conducir a su casa donde unas ho-

ras después recibía la visita de: que guardaba para su amante sus Helen, rosa de carne y de pasión: marcadores perfumes.

Al día siguiente, Palester y Erwin hicieron las paces. Convencióse el primero de la imposibilidad de volver a su amigo al buen redil y resignóse a que siguiera su vida alborotada.

Y aquella tarde le acompañó a una joyería donde Erwin adquirió un valioso collar de perlas que destinaba para una de "sus amigas". No se atrevió a decir a Palester que el regalo era para Helen.

Al salir de la tienda encontró a Octavio Dalcroze, un antiguo camarada de sus años de bachillerato... Octavio, al contrario de su amigo, se había entregado a las investigaciones científicas y dedicaba su juventud a su noble profesión de ingeniero.

No quería ser agua que corre, torrente que se despeña y lleva la destrucción a donde pasa, como Erwin; era por el contrario agua suave que empapa la tierra y la madura para recibir el bendito surco de la fecundación.

Se abrazaron cordialmente, y Erwin le preguntó:

—¿Octavio! ¿Qué es de tu vida? No te veo por ninguna parte...

—He estado en el campo haciendo algunas investigaciones, querido Erwin... He descubierto unos importantes terrenos... y algo mil veces más precioso.

—¿Has encontrado una mujer? ¿Y nada habías dicho de ello a tu mejor amigo?

—No digas eso, Erwin... Es una chica casi provinciana que con su tía vuelve ahora a Viena. Acabamos de llegar y pensaba visitarte esta noche para presentarte a mi prometida.

—¿Y quién es la afortunada mujer?

—¿Una muchacha imponderable!—exclamó con el entusiasmo del enamorado que no concibe otro ser más encantador que su ídolo.

—Eso significa que es una mujer joven, bella, rica, y de noble abolengo.

—Es joven, bella y pobre... y lo que es peor, tiene una tía horripilante. ¡Y a pesar de todo, la amo!

—¡Bah! ¡No seas idiota! ¿Por qué te has de poner un dogal en el cuello?

—No hables así, Erwin—dijo Palester—. Tu amigo será más feliz que tú, seguramente... Deberías también buscar una novia formal y casarte para sentar la cabeza.

—¿Casarme yo? ¡Qué absurdo!... Pero de todos modos que sea mi enhorabuena, hombre afor-

tunado, ¡Me hace feliz el saberte enamorado de veras!

—¿Te viene bien esta noche para que vayamos a visitarte?

—No saldré hoy. Mi casa se honrará con vuestra compañía.

Y los dos amigos se despidieron hasta las diez de aquella noche.

Octavio se dirigió después a casa de su novia y le regaló el anillo de prometida que le había comprado en la joyería.

Ella mostró una intensa alegría y colocó en uno de los dedos de Octavio otra sortija de compromiso.

—¡Nada nos separará nunca!—exclamó el joven besando suavemente la mano de la adorada.

—Para siempre unidos, Octavio, para siempre...

Y permanecieron en dulce éxtasis aquellos dos corazones que por primera vez habían despertado a la canción inmortal del amor.

Octavio había conocido a Virginia en una ciudad provinciana adonde ella fué a pasar una temporada en compañía de su tía y en casa de unos lejanos parientes.

Pronto el amor les rodeó con su

nube de oro y les cegó con su resplandor... Se adoraban. Se casarían dentro de algunos meses. Pero la felicidad de Octavio hubiese sido completa de tener Virginia, muchacha huérfana, una tía menos ordinaria que doña Remedios.

Era ésta una mujer antipática, plebeya, de gustos chabacanos, cuya rudeza contrastaba más con la gracia dulce de la sobrina.

Octavio estaba dispuesto a alejarse de su lado cuando se casase con Virginia. La buscarían una pensión, una casa de huéspedes donde diera martirio a otros seres.

No había exagerado Octavio al contar a su camarada Erwin las gracias de su prometida.

Era una de las más hermosas criaturas que vieron ojos humanos. Tenía veinte años; su hermoso cabello dorado parecía eternamente bañado por un rayo de sol. De cuerpo bien formado y gracioso, los escultores de la antigüedad

se hubieran inspirado en ella para modelar eternas formas. Toda ella sonreía, la sonrisa, la mirada, el andar, como la heroína amada por el poeta... No infundía pasiones, sino serenidad; no evocaba el pecado, sino la pureza de un amanecer en el mar.

Y Octavio, hombre sin vicios, espíritu normal que sólo aspiraba a un amor, la adoró con intensa veneración, deseando hacerla pronto su esposa.

Ella sería la fuerza suprema para vencer todos los obstáculos, todas las inquietudes de la vida, todas las acechanzas que esperan a lo largo de la existencia.

Con un dulce orgullo deseaba presentar a su esposa a unos amigos que como Erwin, lo eran de la mayor intimidad. Quería que conociesen a esa amada ideal para que admiraran su suerte.

Y la primera visita iba a ser, como lo tenía anunciado, para Erwin, el barón de Reiner.

* * *

El palacio del barón Erwin era como su propietario, original, misterioso y fascinador, y sus visitantes se dejaban siempre seducir por su extraño hechizo.

Se diría la mansión de un príncipe de cuento de hadas, pero todo estaba embellecido con un sentido muy exacto de la modernidad. El gusto clásico y las audacias modernas se entremezclaban para formar un fondo nuevo y sumamente sugestivo.

Erwin vivía allí sin otra compañía que la servidumbre. Pero muchas veces utilizó su palacio para nido de aventuras prohibidas.

Octavio con su novia y la tía doña Remedios llevaba unos minutos aguardando en una de las caprichosas estancias del palacio. Mientras la vieja examinaba con fijeza los

mil detalles atractivos del salón, Octavio decía a Virginia:

—Erwin te gustará sin duda. Es un hombre brillante y encantador.

—Espero que me agraderá por ser amigo tuyo—respondió ella con su adorable timbre de voz cual si saliese de un nido de campanas de cristal.

—Es muy simpático... y se alegra de nuestra felicidad.

Ella se reclinó en un hombro del amado.

—¡Soy muy feliz esta noche, Octavio! Tu amor me ha hecho muy fuerte y tengo una confianza infinita en nuestro porvenir.

Había entrado en el salón el pintor conde de Palester y saludó respetuosamente a las dos mujeres que Octavio le presentara.

Mientras para Virginia sintió una simpatía profunda, comprendiendo que no habían sido hiperbólicos los elogios que Octavio hiciera de ella, la tía le resultó insufrible.

La ordinaria señora hablaba atropelladamente; era un torrente de palabras, y Palester, hombre todo tranquilidad y corrección, tuvo al oír la dolor de cabeza.

Sintió deseos de apartarse de ella, de dejarla plantada en medio de su absurdo discurso, pero se encontraba en casa ajena y quiso aparecer discreto.

Erwin entró momentos después... Su figura elegante, varonil, de una incomparable arrogancia, se inclinó reverente ante sus amigos, y sus grandes y brillantes ojos en los que parecía haber un eterno deseo de amar se clavaron en la mirada tranquila de Virginia que parpadeó como herida por una luz demasiado cruda.

¿Qué extraña emoción sintió Virginia al ver a aquel hombre? ¿Qué fascinación misteriosa ejerció de pronto en ella aquel nieto de Don Juan? Lo cierto es que su pe-

cho se ensanchó brevemente con la curva de la emoción, que un extraño temblor pasó por sus labios, y su rostro pareció bañarse de una rosada aurora.

Dándose cuenta de la sorpresa de su novia, Octavio la murmuró anhelante:

—¿Qué te sucede, Virginia?... ¡Es Erwin, mi amigo entrañable!

—Es estúpido lo que me pasa... Me he sobrecogido sin saber por qué...—contestó con apagada voz.

Erwin se inclinó ante ella y besó una de sus manos que Virginia con cierto temblor nervioso le tendía.

—Lamento que le haya causado tanto miedo—dijo Erwin, sonriente—. Quizás la han asustado a usted los fantasmas de los Reiner... Todos ellos han sido grandes admiradores de las mujeres adorables.

—No... no ha sido nada... Seguramente el calor de la noche—contestó procurando reponerse de su primera impresión.

Pero al propio tiempo seguía mirándole con interés, con cierta inquietud, pues en su almita juve-

níl e inocente acababa de clavarse el atractivo simpático de aquel hombre.

Erwin palmeando en uno de los hombros de Octavio, dijo:

—Te felicito por tu elección... No hubieras podido escoger una novia más hermosa.

—¿Verdad que sí?—exclamó Octavio acariciando a su amada que guardó silencio mientras sus pupilas volvían a contemplar a hurtadillas al barón.

¡Ah, simpático afortunado! Había tardado en elegir a la mujer de sus ensueños, pero había elegido bien.

¡Qué criatura tan dulce! ¡Qué ojos tan maravillosamente acariciadores los de ella!—pensaba el barón.

Erwin, siempre con su sonrisa simpática, saludó a doña Remedios, y fue de la misma opinión de todos: era una mujer insufrible... y para librarse de ella, la dejó en compañía del pintor, mientras volvía al lado de Virginia y de Octavio.

Doña Remedios al enterarse de

que Palester era pintor, le dijo con entusiasmo exagerado:

—Ya me di cuenta de que era usted un artista. Precisamente a mí me gustan mucho los artistas.

Sintió Palester deseos de coger un pañuelo e introducirlo en la boca de la vieja para que enmudeciese para siempre, pero exclamó resignándose a la hipocresía:

—Yo soy seguramente de los artistas que a usted le gustan.

La palabra de Erwin interrumpió la charla.

—¡La cena está ya servida, señores! ¡Todos al comedor!

Y en un ambiente fastuoso que producía exclamaciones de admiración a doña Remedios, y extrañas e inquietas sensaciones al alma romántica de Virginia, transcurrió la cena.

A la hora del champaña, Erwin se levantó y alzó su copa burbujeante de oro.

Mirando a los novios, les dijo dulcemente, con el acento puro de la sinceridad:

—¡Vuestro amor es tan conmovedor que hago votos para que nada pueda destruirlo!

Todos levantaron su copa... Y en el pensamiento de Erwin surgían en aquel instante conceptos distintos a los que estaba expresando.

Pensaba en lo tentador que era aquel cuerpo femenino, en el sabroso néctar que tendrían aquellos labios en flor, aquella piel de terciopelo...

Nunca había respetado él nada ni nadie... Mujer sobre la que ponía el ojo, era cosa suya en un plazo más o menos breve... Y su alma perversa concibió una nueva traición.

Octavio brindó a su vez por la felicidad del anfitrión y para que pronto éste encontrara también la compañera de su vida.

—Sí... la encontraré... la encontraré...—dijo Erwin.

Y miraba con cierta delectación a Virginia quien sintió durante toda la comida tal turbación, que apenas probó bocado.

Después de tomar el café, se habló de los planes que tenía Octavio para realizar una expedición al Borneo.

El conde de Palester pareció in-

teresarse mucho por el viaje de estudios...

Doña Remedios seguía aún saboreando el moka y el licor de cacao mientras Virginia parecía sumida en una concentración interior, habiendo desaparecido la alegría que siempre era peculiar en su ser.

Aprovechando el relato en que estaban sumidos los dos amigos, Erwin acercóse a Virginia y le dijo:

—Tengo un observatorio en la azotea que muy contadas personas han visto nunca.

—¿Es usted aficionado a mirar las estrellas?

—Soy aficionado a todas las cosas divinas... Voy a enseñárselo... Venga conmigo.

Sonriendo con cierto temor, le siguió... Ascendieron por una escalera de caracol hacia la azotea donde había una enorme ecuatorial y unos telescopios apuntando a la redonda y móvil cúpula.

Mientras subían, sintió varias veces el sempiterno tenorio la tentación de estrechar entre sus brazos a aquella criatura y besarla audazmente con ímpetu extraordi-

nario, confiando en el éxito que le habría de sonreír como con las otras mujeres.

—Aquí es donde empleo la mayor parte de mi tiempo... Con frecuencia paso aquí la noche entera—dijo al llegar.

—Es curiosa y bonita esa afición.

Miró ella con extrañeza todos aquellos aparatos que no conocía, y de repente sintió en su cuerpo el frío que penetraba por los amplios ventanales abiertos, miradores de las infinitas estrellas...

Dándose cuenta de que ella temblaba, Erwin dijo:

—Hace mucho fresco aquí, y temo por usted... Necesitaría abrigarse.

—No importa. Estoy bien.

—Aguarde, Virginia.

Entró en un cuartito y volvió momentos después con un fastuoso abrigo de armiño, que colocó sobre el cuerpo grácil de la doncella. Al propio tiempo sus manos se posaron al descuido sobre los hombros de Virginia quien sintió por todo su ser la vibración de una descarga eléctrica.

La joven contempló el gabán, maravillada en su inocencia de que un hombre soltero poseyera en su poder prenda femenina tan valiosa.

—Mi hermana lo dejó anoche olvidado—explicó él.

Y luego avanzando hacia la enorme ecuatorial, invitó a Virginia a que mirara a través de sus poderosos cristales.

Puso Virginia sus ojos en el círculo, y junto a ella, Erwin la acariciaba suavemente, con cierta confianza familiar, pero sintiéndose atormentado por el constante pensamiento de besar, de estrechar contra su corazón a la joven y hacer de ella una nueva cuenta de su rosario de aventuras.

—Mire... mire... esa gran estrella—dijo—. Es Júpiter. ¿Ve usted los nuevos pequeños satélites que giran a su alrededor?

—Sí, los veo.

—Son bellos como perlas creadas por los cielos.

—¡Qué bonitos! Es muy hermoso mirar a lo alto.

—A veces hay cosas mejores aquí.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Y sonrió mientras su mano, como inconsciente, volvió a acariciar uno de los brazos femeninos.

Virginia, con cierto temor, se apartó discretamente de él y Erwin, oportuno siempre, se excusó:

—¡Usted perdone!

Y como para borrar toda mala intención de un acto que podía considerarse perfectamente involuntario, le dijo, una vez dejaron de mirar la ecuatorial:

—Estaba pensando que nada podía hacerme tan feliz como saber que usted y Octavio son felices.

—¡Gracias!

Y bajó los ojos, atormentada por un inconcebible malestar que se albergaba en ella desde el instante en que vió a Erwin. La mirada de aquel hombre, su porte, su gallardía, su expresión algo an-

gelical, producían en su alma un anhelo misterioso.

Dejó otra vez el abrigo de armño para regresar al salón.

Por la estrecha escalera, Erwin volvió a sentir el impetuoso deseo de besarla... Un beso... un solo beso.

Pero por primera vez un instinto de pudor le detuvo... Tuvo miedo. Abajo estaba Octavio, su mejor amigo, y podía descubrirse su conducta. Era mejor esperar.

Y se limitó a poner suavemente una mano sobre el hombro de ella diciendo:

—A mí me encanta el observatorio... Amo las cosas divinas... las estrellas...

Ella, turbada aceleró el paso y al verse de nuevo en el salón sonrió cual si volviera a sentir la dulzura de una atmósfera limpia.

Reunióse Octavio con su novia. Y Erwin marchó a una cercana salita fumador, en compañía de Palester.

—Octavio es una persona simpatiquísima—dijo el pintor—. Me ha explicado sus proyectos para ir al Borneo. Son soberbios. Me gus-

taría mucho que efectuara esa expedición de la que tanto espera.

—¿Y por qué no la hace?

—Dice que es pobre... y que se necesita mucho dinero para ello.

La imagen de Virginia flotó en el pensamiento del barón... Y al cabo de unos momentos, exclamó:

—Palester, haría cualquier sacrificio para que Octavio pudiera realizar la expedición.

—¡Magnífico!

—Estoy dispuesto a facilitarte los medios necesarios... si haces tú la oferta en tu nombre.

—¿Yo?... Pero, ¿por qué? ¿Qué te propones?

—Octavio no aceptaría mi oferta si yo se la ofreciera. Creería que lo hago obligado por la amistad que nos une... En cambio tú...

El bondadoso corazón del pintor se conmovió y sin ver las malvadas intenciones de su amigo, le dijo:

—Me he equivocado. Erwin. Veo que eres bueno, a pesar de lo que te dije ayer.

—No conoces por entero mi alma.

Muy alegremente, fumando su

enorme cigarro habano que nunca abandonaba, Palester volvió al salón en compañía de su amigo y dijo a Octavio:

—Amigo Octavio. Me interesan enormemente sus próximas investigaciones científicas. La ciencia se enriquecerá con ellas... Y he decidido correr con los gastos de la expedición si insiste usted en hacerla.

—Amigo mío... Gracias... muchas gracias...

Efusivamente estrechó sus manos y casi hubiera abrazado al generoso protector que le iba a ayudar en sus intentos.

Virginia, en cambio, no pareció acoger con mucha alegría la idea de una próxima separación. Miró a Erwin y vió que éste sonreía triunfalmente y la observaba...

Tuvo miedo. Le pareció que si la separaban de Octavio, su vida iba a cambiar... Y avanzando hacia su novio le dijo con un adorable ademán de súplica:

—Octavio, ¿vas a marcharte ahora que somos felices? ¡Tengo miedo, mucho miedo de que me dejes!

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—Ese temor es pueril, Virginia. No me marchó para siempre. En cambio la gloria me espera en Bornco y he de volver cargado de laureles para ofrendártelos a ti.

Apagando su burlona sonrisa, Erwin preguntó entonces:

—Octavio, ¿crees que es absolutamente razonable el abandonar a Virginia?

—¿Qué remedio!

—Hombre, Palester, estás jugando una mala partida a Virginia. Eso no está bien. Por amor a la ciencia, separas a una mujercita de su amado... Pero en fin, sea todo por Octavio...

Mientras hablaba, el pintor abría unos ojos tamaños escuchando aquellos absurdos conceptos.

¿Qué decía aquel hombre? ¿Le recriminaba por una cosa que él había provocado y que él mismo pagaba con su dinero? ¿Qué comedia era aquella?

Hombre perspicaz la comprendió en el acto... ¡Traidor, infame! Lo que Erwin deseaba era echar de la ciudad a Octavio para que Virginia quedase libre, y él, entonces, aprovecharse de su ausencia,

para rendir una mujer más en aras de su amor.

—¡Traidor! ¡Mal amigo!

Miró severamente a Erwin con un deseo de echarle en pleno rostro su conducta, pero acabó por guardar silencio, temiendo enredar aún la cuestión. Y limitóse a decir:

—Yo no quiero causarle ningún perjuicio, Octavio...

—Señor Palester, le he dicho que acepto de mil amores su protección. Mi novia es razonable y se hará cargo de que no puedo desaprovechar esa generosidad que usted me brinda.

—Entonces...

—Esta es la única ocasión que se me ofrece para realizar algo grande en bien de ella misma. ¿Verdad, Virginia?

—Tú mandas en mí, Octavio. Lo que tú quieras.

—Tu recuerdo me animará a vencer—dijo él...—. ¿Verdad, Erwin, que tú verás a Virginia con frecuencia y cuidarás de ella?

Pasó por el cuerpo de Virginia un súbito estremecimiento.

—Como si fuese mi hermana—

repuso el barón con la más ingenua de las sonrisas.

Estaba contento de aquella confianza que le demostraba su amigo. Y es que Octavio sabía que él era un calaverón, un muchacho alegre, pero no le creía capaz de traicionar a los que quería... Y por ello solicitaba su colaboración fraternal.

Erwin avanzó hacia un armario y sacó de él un estuche... Le observaba Palester con indignación mal contenida, mientras doña Remedios, fatigada de tanto hablar y comer, se sentía ahora soñolienta.

Abrió el joven el estuche y sacó de él un collar de perlas. Era el mismo que había comprado aquella tarde en la joyería con ánimo de regalárselo a la condesa de Zellner.

Por un momento lo contempló con risueña expresión y luego dijo dando a su voz un tono melancólico:

—Estas perlas fueron de mi madre. Estaban destinadas a mi futura mujer. Pero como Octavio se casará pronto, se las ofrezco a usted, Virginia.

—¡Qué bueno, qué noble eres, Erwin!—dijo su amigo Octavio.

Doña Remedios despertó alborozada, y Virginia, pálida y azorada, miraba a todos lados sin saber qué hacer.

—Debes aceptar, Virginia. Es como un regalo de hermano; es de mi amigo fraternal, mejor...

Erwin ciñó al cuello de cisne de aquella mujer el suave collar. Varias veces sus dedos, aparentemente torpes, rozaron la dulce piel de aquella garganta de ámbar.

Ella sonrió al sentir sobre sí la caricia de las perlas... Y Erwin paseando su mirada por todos, se detuvo en Palester al ver que éste le contemplaba con ira:

—¿Te acuerdas de las perlas de mi madre, Palester?—le dijo.

Tembló el pintor. Por un momento deseó quitarse la máscara de las conveniencias sociales y gritar para que se enteraran todos:

—¡Farsante! Voy a decirles el verdadero origen de esas perlas.

Pero la mentira es a veces una necesidad social que evita discordias y conflictos inauditos. Y exclamó, mordiéndose los labios ante

aquella traición que tenía que hacer a su propia conciencia:

—Sí, me acuerdo perfectamente de las perlas de tu madre...

—Ya lo suponía yo, Palester...

Era ya medianoche y los invitados partieron, a excepción de Palester. Erwin despidióles como el más bueno de los amigos y varias veces repitió:

—Como soltero solitario, envió la felicidad de mi compañero...

—Pues puedes perfectamente buscarte otra novia de las condiciones de Virginia—dijo Octavio.

—Eso no se busca... Viene sin saber cómo...

Y cuando todos hubieron salido y Erwin recogiera la última y pálida sonrisa de Virginia, el conde Palester mirando severamente a su amigo, le dijo en el colmo de la indignación:

—¡Bonita conducta la tuya! ¿Por qué me obligas a ser tu cómplice? ¡Yo, un hombre tan honrado!

—No te comprendo.

—He visto tu juego. ¿Qué proyectos para separar a esa muchacha

de Octavio? ¿Qué pretendes de ella?

Erwin se echó a reír y mirando bondadosamente a su compañero le dijo como el que acaba de cometer una travesura:

—Me ha fascinado, Palester... Me ha dominado su aparente debilidad y su entereza para resistirme.

—¡Desgraciado! ¡Eres capaz de sacrificar las cosas más puras, por tus insaciables deseos!

—¡No te pongas trágico! La única realidad es que esa chiquilla me enloquece.

—No quiero oírte más. Eres un ser inhumano y monstruoso—continuó exaltándose por momentos—. Tu bondad y tu generosidad son sólo una máscara.

—Soy bueno en el fondo, querido Palester.

—No, no lo eres. Tienes un alma criminal. ¡Atrévete a poner los ojos en esa niña pura! ¡Ah, quisiera ver tu cara cuando estás a solas contigo mismo! ¡Debe dar horror!

Y enfurecido abandonó la casa, mientras Erwin volvía a lanzar

una carcajada, himno victorioso a su impunidad.

¡Su cara! ¡Qué tontazo era aquel pobre Palester a quien el arte privaba de ver la realidad de las cosas de la vida!

¡Su cara! Acercóse al espejo y contempló, lleno de satisfacción y agrado, su rostro de línea elegante, distinguida, sus grandes ojos en los que parecía siempre encerrarse una llama de amor.

¡Bah! Por algo Palester había elegido su rostro para representar, para simbolizar la figura de San Miguel... Y es que era una cara angelical, llena de bondad, de buenas intenciones. Por algo Palester le había escogido.

Y aquel Don Juan olvidaba que el pintor aristocrático había elegido también el rostro de Erwin de Reiner, como máscara del diablo.

* * *

Pasaron días, semanas, meses... Todo en apariencia siempre igual, todo distinto a cada instante.

Allá en el Ecuador, un hombre, un sabio pasaba una vida de trabajo y soledad. Bajo el tórrido clima tenía que laborar en nombre de la civilización y la ciencia.

Octavio proseguía con fe de visionario sus trabajos de investigación que iban a darle la gloria.

Pero en su alma, toda llena de luz hasta entonces, comenzaban a

aparecer los nubarrones de la desconfianza.

Había escrito varias cartas a Virginia, el ídolo de su corazón, el aliento fecundo de todas sus actividades. Y ella no contestaba. En vano en nuevos correos le expuso la amargura que le producía aquel inexplicable silencio, aquel mutismo impenetrable.

¿Qué ocurría? ¿Por qué no correspondía a las cartas, llenas de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

todas las ilusiones y de todas las esperanzas del amor?

Aterrado, presintiendo horas de desgracia, escribió a su amigo Erwin:

Querido Erwin:

Tres correos han llegado en los últimos meses, y ninguno me ha traído noticias de Virginia. No puedo olvidarla. Cada día aguardo una carta tuya con mayor ansiedad. ¿Sabes tú lo que ocurre? Escríbeme, por favor; sácame de esta penosa incertidumbre.

Tu amigo

Octavio

Cuando el barón de Erwin recibió aquel angustioso mensaje, lanzó una burlona carcajada.

Demasiado sabía él lo que pasaba a Virginia. También esta pobre mujercita, desolada y triste, se quejaba de no haber recibido carta alguna del amado.

Y es que la mano artera de Erwin había intervenido en aquel asunto.

Con malas artes, con dinero, había conseguido sobornar a una

criada de la casa de Virginia y esta mujer interceptaba las cartas que la muchacha enviaba a su novio e impedía que las de éste llegasen a poder de la enamorada doncella.

Y de acuerdo con las instrucciones de Erwin iba a entregar al barón la cruzada correspondencia.

Aquel Don Juan Tenorio sabía bien lo que se hacía. Quitándoles las cartas, condenando al silencio a los novios, Virginia se creería abandonada por Octavio, y su corazón, libre y despechado, se inclinaria seguramente a atender la pasión creciente de Erwin.

Este había ido alguna que otra vez a visitar a Virginia y a su tía.

Ante él seguía Virginia sintiendo una turbación inexplicable, una mezcla de atracción y malestar que parecía emponzoñarle el corazón. Cuando él la miraba con sus ojos intensos y brillantes, Virginia tenía que desviar los suyos deslumbrada por su fulgor.

Erwin, perfecto investigador de la psicología femenina, que conocía intimamente las luchas interiores de toda mujer, se dio cuenta de

que Virginia parecía rehuir su presencia como si le tuviera miedo... Y sonrió triunfalmente viendo ya en la lejanía una victoria más.

Miedo significa desconfianza en las propias fuerzas, vacilación, temor de no poder resistir.

¡Ah, Virginia sería una más, otro nombre, en la lista adorable de las mujeres rendidas!

En los últimos tiempos, Erwin tenía deseos de librarse de Helen, la apasionada flor sensual que le quería brindar un perfume cada vez más intenso. Había roto antes con la bailarina de la Ópera.

Deseando espaciar sus entrevistas con Helen, había ido unos días a París para que la implacable condesa de Zellner dejara de perseguirle.

Un día, Helen, no pudiendo resistir ya por más tiempo la separación de su amigo, se dirigió al palacio de éste.

El mayordomo, una especie de Ciutti que conocía todos los recodos y trapicondas de su amo, la detuvo cariñosamente en el recibidor.

—El barón Erwin de Reiner no

ha regresado aún de París, señora.

—¿Tardará muchos días?

—Unas semanas aún.

Abrióse la puerta. Erwin apareció en aquel instante. Había llegado el día anterior. Venía de la calle sin poder sospechar que en el recibidor estuviera esperándole aquella amante apasionada.

Helen al verle lanzó un grito de júbilo y miró al propio tiempo al mayordomo como afeándole su deslealtad.

—¡Y usted me decía que estaba en París!—exclamó.

Erwin disimuló rápidamente la contrariedad que le causaba la presencia de aquella mujer cuyo amor tenía ya el empacho del hartazgo y contestó siempre oportuno:

—Helen querida. Para todo el mundo estoy en París, excepto para ti.

—¡Te adoro, Erwin!

—¡Helen!

Ella cogió cariñosamente por el talle y entró con ella en una salita.

Seguiría representando una nueva comedia amorosa hasta que llegase el instante supremo de poder

abandonar a aquella criatura que parecía querer fundir su vida con él.

¡Ah, por primera vez sentía cierto miedo ante aquellos ojos im-

periosos que le exigían amor, constancia, fidelidad, ternura, cualidades que él alejó siempre como cargas insufribles de todo mortal que quiere ser feliz!

* * *

Al día siguiente, Erwin se dirigió a casa de Virginia. Llevaba bastantes días sin verla, desde su corto viaje a París...

Le recibió la tía Remedios, ordinaria y parlanchina como de costumbre.

—Estoy contenta de que haya venido, señor barón. No sé qué le sucede a Virginia. Siempre está inquieta y parece desgraciada.

—Eso es la ausencia de su novio, el silencio de Octavio, mejor dicho. ¡El ingrato!

Luego abriendo la cartera sacó de ella unos billetes de banco.

—Dígale a Virginia que jugué por ella en Longchamps. Y he ga-

nado este dinero en las carreras de caballos.

Brillaron codiciosamente los ojos de la vieja; apoderóse del dinero con ansias de ambición.

—He buscado una casa para ustedes—siguió diciendo Erwin—, Octavio no me perdonaría nunca el que no las protegiera como es mi obligación. Virginia no puede vivir aquí tan humildemente.

—¡Cuán agradecidas le estamos! ¿Cómo pagarle lo que hace por nosotras?

Virginia apareció en aquel momento. Llevaba un traje blanco, pudoroso, suave.

Al ver a Erwin, sus mejillas se

cubrieron de lividez y un temblor le agitó las manos.

Doña Remedios le mostró los billetes, explicándole con voz atropellada que Erwin los había ganado para ellas y que además las había buscado una casa para instalarse decorosamente.

Erwin sonrió y dijo:

—Cumpla con los deberes que me impuse cerca de usted. Me acuso de haber olvidado hasta ahora la promesa que le hice a Octavio. La he dejado caer en el abatimiento de su soledad, Virginia.

La dulce virgen, serena y preciosa, como arrancada de un cuadro de Rafael, bajó las hermosas pupilas que se llenaron de sombra.

—No estaba usted obligado a nada—repuso.

—Si lo estaba, Octavio es como un hermano mío, ¡y a usted la aprecio tanto!

Una amarga pena se dibujó en el semblante de aquella virgen de veinte años.

—¡Octavio!—repitió con tristeza—. ¡No me escribe, no sé nada de él! ¡Y no puedo creer que

me haya olvidado! ¡Aquel clima, aquel trabajo rudo!

—Vamos, Virginia, no se desanime, no esté usted apesadumbrada. Pronto tendrá carta suya—dijo sonriendo con malicia—. Pero hoy el tiempo está espléndido, la mañana convida a vivir. Vamos a salir a dar un paseo.

Doña Remedios, plena de mala intención, no desagradándole aquellas atenciones de Erwin para con su sobrina, pues consideraba al barón por su fortuna mucho más interesante que Octavio, dijo rápidamente:

—Yo me encuentro indispuesta. Puedes ir con el señor barón y procura no desagradarle.

Virginia hizo un gesto de tristeza y se alejó para ir a cambiarse de vestido. Pero como doña Remedios la siguiese, le dijo melancólica, al salir:

—No quiero ir sola. Tengo miedo de él.

—Eres verdaderamente ingrata. No rechaces las galanterías de un personaje tan ilustre como el barón. ¡Quién sabe! ¡A lo mejor se casa contigo!

—No... no...

—¿Por qué no debe ser? ¿Es que crees que Octavio...? Ese no sabe dónde caerse muerto y a lo mejor no vuelve nunca. Hazme caso a mí, sé complaciente con Erwin.

Impulsada por aquella coacción, Virginia marchó con Erwin... Apenas ella habló durante el camino hacia una de las verdes praderas que rodeaban la capital.

El se esforzaba en aparecer amable; la hablaba con el susurro de las palabras nuevas, rendidas, eternamente bellas que emplean algunos hombres para la captación y la seducción rápida de la mujer.

Ella le oía temblando... Su alma virginal comenzaba a sentir los estragos de una voz ajena.

¡Ay! ¿Por qué le inspiraba aquella mezcla de terror y admiración ese hombre? ¿Por qué hablaba tan bien? ¿Por qué decía aquellas palabras dulces que evocaban viajes, una vida de riqueza y esplendor; todo lo que ella había soñado como imposible?

Jamás Octavio le había hablado así. Era éste un hombre concentra-

do y frío a quien la ciencia parecía haber exprimido el corazón. Amado con locura, nunca sabría decirlo. Erwin en cambio, no amando acaso de verdad, sabría mentarlo de una manera adorable.

Llegaron a la pradera, hermoso y verde tapiz cuajado de blancas margaritas.

Se sentaron sobre esa alfombra blanda, bajo la dulce luz de una tarde de oro.

Erwin mirando tiernamente a la doncella, advirtiendo la desconfianza de ella, le dijo:

—¡Ignoro por qué, pero parece que yo le inspiro temor! ¡No me crezco me trate así, Virginia!

—No tengo miedo—respondió con voz débil.

—Sería injusta si lo tuviera usted. Yo soy más bien un hombre inofensivo. Uno de esos hombres que leen con tranquilidad a los poetas.

Sacó de sus bolsillos un libro de poesías. A cada una su tema. A una muchacha romántica, convenia seducirla con los arrebatos líricos. Y comenzó a leer una hermosa poesía de un gran poeta español.

*Tus ojos son dos flores de tristeza,
dos claros lirios de melancolía,
que perfuman tu lírica bellena
de una inefable y mística poesía.
Ojos que aman la plata de la luna
y la pureza de los alabastros...
Ojos de paz que son igual que una
noche profunda constelada de astras.*

Terminado el verso, se acercó mucho a Virginia que le escuchaba con un arrobamiento místico.

En su imaginación flotaron pensamientos de pecado; sintió el anhelo de dejarse de poesías, de canciones inútiles, de sentimentalismos que creyó pasados de moda, para buscar algo más positivo, para besar y estrujar entre sus brazos la figura deliciosa e intacta de aquella alma de lirio.

—Es bonito ese libro, ¿verdad? —dijo—. Todo es bonito hoy. El cielo, el campo, las flores... Y es que usted lo embellece todo con su presencia.

—¡Erwin!

—Usted que es la mujercita más hermosa que vieron jamás mis ojos.

Sus brazos atrevidos abarcaron

el talle de la joven, y sintió un violento deseo al rozar la carne fina y sedosa.

Pero ella se levantó con el terror en la mirada.

—¡Apártese! ¡No me toque!

Erwin se tranquilizó inmediatamente. No estaba el fruto aún bastante maduro. Convenía saxonarlo hasta que estuviera a punto para su exigente paladar.

—¡Eso es demasiado! ¡Es usted injusta conmigo, Virginia!

Y simulando un verdadero disgusto, retrocedió unos pasos y se puso de espaldas a la muchacha, como si se sintiera realmente ofendido.

Así estuvieron más de cinco minutos durante los cuales el alma de Virginia luchó con encontrados sentimientos.

Aquel hombre le inspiraba a veces temor, pero también se sentía atraída hacia él con una fatalidad de irán.

Lamentaba ahora verle allí, disgustado, cual si realmente le hubiese ofendido.

¿No habría sido demasiado cruel con él? Acaso Erwin la ha-

hía acariciado sin ninguna mala intención.

Acercóse a él y le murmuró como en una plegaria:

—¡Perdóneme, Erwin, no quería ofenderle a usted!

—Virginia, veo que es usted razonable... y que no me conceptúa tan mal como yo creía...

—No puedo comprenderme a mí misma, porque realmente... le aprecio mucho...—murmuró.

—Va usted comprendiendo mejor... ¿Tendrá usted por fin confianza en mí, en un amigo que la quiere de veras?

—Sí... sí...

Y esta vez no rechazó el brazo cariñoso del joven que la abarcaba con dulzura.

De nuevo el pensamiento de Erwin fué más lejos, acostumbrado a ganar batallas. ¿Por qué no la besaba? ¿Por qué allí mismo no rendía aquella pobre alma turbada de mujer?

Calma... calma... Tal vez, por obrar rápidamente, diese un paso en falso. Era mejor esperar... La muchachita caería... Y sentía el deseo del triunfo, la malvada in-

tención de que fuese ella misma quien le besara, rendida de amor, como tantas otras mujeres habían hecho.

Entretanto... a esperar. El botón era demasiado hermoso para perderlo definitivamente en un mal paso.

No se dieron cuenta de que el sol se había apagado súbitamente, de que negros nubarrones cernían la atmósfera y comenzaba a desencadenarse una de esas rápidas tempestades de verano que pasan con una velocidad de meteoros.

Empezó a llover; era una cortina espesa y cerrada. Todo cobertizo estaba lejos. Tuvieron que resguardarse bajo un árbol de cortas ramas. Erwin quitóse su abrigo y lo puso sobre el cuerpo de Virginia...

Allí permanecieron varios minutos hasta que pasado el nubarrón, el sol volvió a renacer con su sonrisa de vida.

Erwin había estado acariciando en silencio los hombros de Virginia sin que ella protestara.

Pero cuando volvió el sol, la joven quitóse el abrigo y devol-

...lãs bozra xidaban mós que da
prisa.



—Me perdoarás se me marcho?



—¿Me sigues queriendo como siempre, Erwin?



¡Cenales! ¡Engañar al pobre coudet

UNA de las más hermosas criaturas que vieron ojos humanos.



—Lamento que le haya causado tanto miedo.



—Vuestra amor en las conmovidas...



—Me he equivocado, Erwin. Veo que eres bueno...



—¡Persepolis! Voy a decirles el verdadero origen de esos perles.



...comenzó a leer una hermosa poesía...



Erwin nu se separa de zia...



—(La amo e-usted, Virginia!

--¡Tú eres más que todo el mundo,
Ernst!



--¿Es usted el demonio encarnado en forma humana!



...la mano de brasa...



...ahogó un grito en la garganta.

L A M A S C A R A D E L D I A B L O

viéndoselo a Erwin, manifestó su deseo de regresar a casa.

—Otro día volveremos a salir. ¡Su compañía me es tan grata!— siguió murmurando él—. He conocido muchas mujeres, pero ninguna tan interesante como usted.

Ella, sonriendo con una mueca de melancolía, le escuchaba en silencio.

Subieron en automóvil y en pocos minutos se encontraron ante la casa de Virginia.

—Quiero que volvamos a vernos. Voy a dar una fiesta en mi casa. Usted asistirá, ¿verdad?—le dijo Erwin.

—Sí...

Sintió que su piel volvía a estre-

mecerse cuando Erwin le besó la mano. Entró, desolada, llena de temor, en su casa...

Corrió a ocultarse en su cuarto y echándose sobre la cama lloró el extraño dolor que le embargaba el alma.

¡Ah, qué negras sombras se agitaban en su corazón! ¿No estaba traicionando a Octavio? Pero éste, ¿por qué no escribía, por qué? ¿No amaba ella, no se sentía ya prisionera de aquel Erwin que con sus palabras y la luz de sus ojos la había hecho suya, juguete de su voluntad, de su albedrío?

Y en esta duda se debatió toda la noche, no queriendo cenar, anhelando librarse de aquel tormento...

* * *

Ocho días después se celebraba una gran fiesta en casa del barón Erwin de Reiner.

Eran numerosos los invitados que comentaban el ambiente suntuoso de la cena.

La solemne velada estaba dedicada a Virginia con motivo de su

cumpleaños, y la bella muchacha, aturdida ante aquel honor, se sentía sobrecogida y temerosa.

Erwin no se separaba de ella, contento de seguir deslumbrando poco a poco el alma juvenil e inocente.

Palester había accedido a con-

currir a la cena, aunque comprendiendo las malvarías intenciones de su amigo. ¡Ese hombre...! ¿No podría escarmentar nunca, nunca? ¿No le tocaría jamás Dios el corazón para volverle al bien y a la existencia honrada? ¿Si encontrase una mujer, una verdadera mujer que le hiciera cambiar de vida!

El artista Palestre veíase obligado a permanecer al lado de doña Remedios, cenando con ella.

Eso sí que no se lo perdonaba a Erwin, que le hubiera buscado tal compañera de mesa... Pero prescindiendo enteramente de aquella ordinaria mujer, se distraía ante los platos exquisitos que iban sin cesar sirviéndole.

—¿Por qué cree usted que el barón Erwin ha preparado a Virginia esta amable fiesta en su cumpleaños?—preguntó doña Remedios.

—Porque tiene mucho dinero y le gusta tirarlo—respondió el artista en forma desabrida.

En otra de las mesas se hallaban los condes de Zellner. La condesa había estado contemplando rabiosa a Erwin que sentado junto

a Virginia toda la noche la estuvo cortejando de un modo escandaloso.

Sufrió la condesa los más amargos celos... Y tenía que ocultarlos, y matarlos en su interior, pues ante ella estaba el conde, hombre que hasta entonces no había tenido atisbos de la infidelidad de su esposa.

La fiesta transcurría agradablemente. Varias veces Erwin sonrió a la condesa, como si quisiera aplacar sus impacencias. Pero luego volvía a dedicar sus atenciones a Virginia, en cuya alma el amor por Erwin comenzaba a hacerse sentir intensamente.

Se bailó... Danzó Erwin con Virginia y en el dulce balanceo fué murmurándola todas las ardientes facetas de su cariño. Sonreía viendo la emoción, cada vez mayor, de la muchacha... Sentía la alegría de verla desfallecer, de ver cómo caía poco a poco, seducida, rendida, como todas...

¿Qué le importaba a él que aquella criatura fuese sagrada? Era el placer que se brindaba a sus labios y no lo despreciaría.

Doña Remedios quiso bailar también y el señor Palester se vió obligado a dar con ellas unas cuantas vueltas. Pero al segundo baile, presentó la vieja a un anciano que se cuidó de hacerla danzar, evocando bailes de sus tiempos juveniles.

La condesa fué audazmente al encuentro de Erwin y de Virginia.

Procurando disimular su contrariedad, dijo: :

—¿Va usted a negarme el placer de presentarme a esta bella joven, Erwin?

—¡ Naturalmente que no!

Hizo la presentación, y la condesa, burlona, tendió la mano a la jovencita.

—No sabe usted lo feliz que soy de conocerla.

—¡ Gracias, señora!

Pero Virginia tenía miedo. Le parecía que todo el mundo la miraba y la hablaba irónicamente.

¿ Aquella condesa no habría descubierto con sus ojos audaces y agresivos lo que ocurría en su corazón?

—No sabía que Erwin tuviera tan buenas amistades—dijo He-

len—. Los que le conocemos de muy antiguo, ignorábamos esa relación.

—Esto no obsta para que Virginia sea una amiga adorable... como usted—repuso Erwin, galantemente.

—¡ Siempre el mismo, Erwin!—contestó Helen.

La envolvió en una mirada de reproche. Erwin estaba violento, deseando que terminase aquella conversación que podía derivar hacia senderos peligrosos.

¿ No iba la condesa a provocar un escándalo? Mas por fortuna, apareció el conde de Zellner y se llevó de allí a su mujer, no sin antes mirar con cierto recelo a Erwin, pues creyó adivinar que Helen estaba contrariada. ¿ Qué habría ocurrido?

Virginia y el barón marcharon hacia una salita cuyos abiertos balcones daban a un jardín.

Ella le miraba nerviosamente, seducida por la extraña voluntad de aquel hombre. Erwin con los ojos fijos en ella, parecía devorarla.

Se acercaron al mirador. Llega-

ban del cercano jardín effluvios invisibles, perturbadores. Millares de estrellas constelaban el espacio.

Virginia quitóse jugueteando el anillo de prometida y de un modo involuntario se le cayó de las manos, yendo a caer sobre la fina arena del jardín.

Erwin saltó apresuradamente para recoger la sortija y devolverla a su dueña.

Miró el anillo y lo volvió a colocar en uno de los dedos de Virginia al propio tiempo que una sonrisa sarcástica, de burla, se dibujaba en sus labios.

Ella bajó más y más los ojos. ¿Por qué estaba sola con aquel hombre? ¿Por qué influía de aquel modo en su corazón?

Dándose cuenta de todo lo que pasaba en aquella tierna alma femenina, aquel refinado don Juan pulsó la lira sentimental y exclamó:

—Virginia, vuelve usted a tener miedo de mí.

—¿Yo?—exclamó estremeciéndose a su pesar.

—Sí, me tiene miedo. He intentado tomar a broma su terror pe-

ro ahora he comprendido la causa.

—No, Erwin, se equivoca usted.

—¡Estoy asustado de mí! ¡Yo le causo terror a usted! ¡Me causo terror a mí mismo porque he puesto los ojos en lo que para mí debía ser intangible!

Interiormente se reía de tales frases que la pobre muchachita creía inocentes y no eran más que un producto de un cálculo artificioso.

—¡Ah!—exclamó estrechando contra sí a la preciosa criatura— ¡La amo a usted, Virginia! He luchado contra este amor con todas las fuerzas de mi alma, pero todo ha sido inútil. ¡La amo a usted!

La estrechó contra su corazón. Sus labios voraces, acostumbrados tantas veces al beso, se posaron sobre la boquita roja y delicada de aquella mujer, besándolos locamente, pareciendo como si quisiera inundarles con el perfume de su propia vida.

Ella besó también y luego desprendiéndose de sus brazos lanzó un grito de terror.

—¡No... no!—sollozó acordán-

dose de la traición que estaba cometiendo.

Erwin comprendió que era preciso calmar las amarguras de su amiga, los últimos escrúpulos de aquella muchachita.

Quiso también acusarse, con cierto remordimiento.

—¿He sido débil—dijo—. Ódieme o compadézcame! ¿He traicionado a mi mejor amigo! ¿Pero éste la ha abandonado a usted... no la escribe ya y yo la amo!

En el fondo de su alma, le importaba poco la deslealtad. Pero era preciso obrar así para tranquilizar el alma melancólica de aquella criatura que se agitaba entre el amor que iba desapareciendo de su corazón y la alborada de un nuevo cariño.

—Erwin... no puede ser... Hacemos mal... Yo me debo a Octavio—suplicó, desesperada—. No es posible que él me haya olvidado, no es posible.

—Usted no le ama... Es usted víctima como yo del destino... Es a mí a quien quiere. Amémonos, hemos nacido el uno para el otro...

—¡No... no!—exclamaba ella

llorando—. Octavio no merece eso... Me debo a él... Tiene mi palabra.

—Usted nunca sabrá cuánto he sufrido antes de confesarle mi amor...—respondió con cierta melancolía—. Estaba la lealtad por en medio... pero ¡la quiero, Virginia! ¡Aunque sea un amor sin esperanzas, la quiero!

—¡Ay, Erwin! ¿por qué nos conocimos? ¿Yo nunca debí hablar con usted!

—¡Mi Virginia!

Le dió un nuevo y absorbente beso, y ella escapó, yendo a reunirse con su tía, plena el alma de terror por lo que consideraba un pecado, una infame deslealtad.

Sí, le amaba. Afortunadamente o desdichadamente estaba enamorada de aquel hombre.

¡Y esto era la verdad, esto era lo cierto!... ¿A dónde iba a conducirlo aquel loco amor?

Por su parte Erwin vió desaparecer tranquilamente a la inocente muchacha. ¡Ya iba a ser suya! ¡Una más en su nido! Y sin experimentar el menor remordimiento por la traición que realizaba con-

tra aquel amigo de su juventud se echó a reír saboreando íntimamente las mieles de aquel amor que tendría un gusto exquisito.

* * *

Fué a pasear por una terraza desierta, ávido de respirar la bonanza de la noche y de sosegar también sus nervios excitados por la amorosa declaración.

Porque a pesar de su tranquilidad exterior, por primera vez sentía que una mujer le preocupaba demasiado. Y contra su costumbre, no veía sólo a la criatura que podía calmar sus ansias de pecado, sino que admiraba de modo inconsciente a aquella alma llena de ternura que le daba la flor de su ingenuidad.

De pronto retrocedió asustado al ver ante él, a Helen, la condesa de Zellner.

La condesa aparecía alterada, nerviosa. Comprendía el desvío de su amigo, y quería prolongar esa pasión con la desesperación de las mujeres otoñales que ven perder el

último y verdadero amor de su vida.

—¡Tú me abandonas, tú te has cansado de mí!—le dijo—. Te necesito, Erwin. Mi vida es insufrible al lado del conde.

Cansado de esta mujer, se dispuso a romper toda relación con ella.

—Esto no puede continuar, Helen—le contestó—. ¡Siempre la mentira y el engaño! Piensa en tu marido y en tu posición. Vuelve a la felicidad conyugal y ya no te ocupes más de mí.

—¡Tú eres más que todo el mundo, Erwin! ¡No me dejes!—sollozaba la adúltera.

—No, Helen, por respeto a ti misma, yo debo separarme de ti. Mi conciencia me está acusando de haber obrado mal. No tengo

derecho a seguir engañando al conde de Zellner.

—Erwin. ¡No puedo vivir sin ti! ¡Antes me mataría!—gritó con desesperación.

—¡No seas absurda, Helen! ¡Las mujeres bellas nunca se matan!

—¡Sin ti, no viviré!—repitió.

Echó a correr mientras una sonrisa agitaba levemente a Erwin. ¡Qué estúpidas son las mujeres! pensaba. ¿Por qué no hacían como él que pasaba de un amor a otro sin acordarse del pasado?

Pero su sonrisa se apagó al presenciar desde la terraza un hecho espantoso.

Helen, enloquecida, había salido a la cercana carretera y al ver pasar un automóvil a toda velocidad, arrojóse a su paso, siendo atropellada.

Erwin se tornó pálido. Entonces ¿era verdad que las mujeres se mataban también por amor?

Horrorizado de su propia obra, corrió a ocultarse en su despacho, mientras varias personas acudían en auxilio de la desdichada suicida cuyo hermoso cuerpo de ser-

piente manaba sangre por distintos sitios.

El mayordomo y unos criados de la casa Erwin condujeron a la desgraciada condesa a una alcoba del palacio.

Era preciso llamar a un médico y advertir inmediatamente a Erwin y al conde de Zellner.

El mayordomo se ocupó de ello, y entrando en el gran salón donde la fiesta estaba animadísima sin que nadie se hubiese enterado ni tuviera remotos atisbos de la desgracia, llamó aparte al conde de Zellner, que intranquilizado andaba buscando a su esposa, y le dijo:

—Ha ocurrido un accidente, señor. La condesa está gravemente herida.

—¡Gran Dios! Acompañeme usted hacia ella. Pero, ¿qué pasó?

Le contó sucintamente cómo la dama se había lanzado al paso del automóvil... Zellner palidecía, sintiendo que los ojos se le empañaban de lágrimas.

¿Por qué, por qué hizo eso su mujer?

Entró en la estancia donde He-

len se debatía entre la vida y la muerte. El mayordomo, entretanto, corrió a avisar a Erwin, que encerrado en su despacho meditaba sobre las trágicas consecuencias del suceso. El barón no quiso moverse de allí. Tenía miedo, un miedo que en él, valiente por naturaleza, era cosa inexplicable.

Entretanto el conde miraba a su mujer y sus manos acariciaban la frente sudorosa de la desdichada.

—¡Helen... Helen! ¿Qué tienes? ¿Qué ha ocurrido?

Ella, con los ojos vidriosos, las facciones afiladas, daba la impresión de una agonizante. Murmuraba extrañas palabras, voces que parecían ser llamadas de angustia.

—Helen, ¿qué ha sido eso? ¿No me contestas, no me conoces? ¡Soy yo, tu marido!

Pero la condesa moviendo la cabeza, con la excitación del delirio, sollozó:

—¡Erwin, Erwin! ¡No puedo vivir sin tu amor!

—¡Helen! ¡Ah, miserables!— rugió el conde, dándose cuenta de su infortunio, recordando en aquel momento mil hechos que ahora se

le aparecían como testigos de su desgracia.

¡Engañado, traicionado, vendido! Dirigió una última mirada a la agonizante y salió de allí, buscando a Erwin por toda la casa, deseando castigarle por su malvada conducta.

Llegó el doctor, entretanto, y examinó a Helen. No había nada que hacer. La vida se escapaba de aquel hermoso cuerpo.

Acudieron algunos invitados, pues la noticia trascendió rápidamente. Alguien había visto llegar al médico y transmitió la nueva sensación. Y toda aquella gente que había ido allí para divertirse, contemplaba con el terror que inspira la muerte y más cuando ésta es imprevista, a aquella pobre mujer que luchaba en las angustias de la agonía mientras con voz ya tan débil que nadie podía oír, iba murmurando el nombre del amado:

—¡Erwin! ¡Erwin!

Pero ¿y el conde? ¿Y Erwin? ¿Dónde estaban los dos? Y la gente comentaba la ausencia misteriosa de ambos personajes.

Virginia, alma sentimental, llo-

raba en brazos de su tía Remedios mientras el pintor Palester adivinaba con su fina penetración la verdad de lo ocurrido.

¡Aquella mujer se había matado por amor! ¡Ah, Erwin, Erwin! ¡Cuánto daño había hecho en el mundo!

Bien ajenos estaban todos de lo que sucedía cerca de allí...

El conde de Zellner había entrado en el despacho de Erwin de Reiner. Este, que se hallaba abatido, sentado ante una mesa y con la cabeza hundida entre las manos, se levantó al verle y le miró con temor.

Zellner rugió con indignación:

—¡Es usted el demonio encarnado en forma humana!

—Conde...

—¡Miserable! ¡Usted es el culpable de la muerte de mi mujer!

Arrojóse velozmente contra una vitrina en la que había encerradas varias armas, rompió el cristal y se apoderó de un revólver.

Ciego de furor, fué a disparar contra Erwin, pero éste saltó sobre él, cogiéndole por un brazo y desviando el arma homicida.

—¡Déjeme... ladrón, déjeme! —rugía el conde.

—Suelte el arma...

Lucharon con el rencor y la violencia de dos hombres a quienes les separa un verdadero abismo de odios.

En una de las brutales fases de la lucha, disparósele al propio conde el revólver y le vino a herir mortalmente en mitad del corazón.

Lanzó Zellner un grito corto y estremecedor y tambaleándose unos instantes, desplomóse en tierra.

Erwin, horrorizado, contempló aquellas pupilas abiertas e inmóviles.

Y fué retrocediendo, retrocediendo, sintiendo por primera vez miedo de sí mismo, de su propia vida, del horror que le rodeaba.

Sus dientes castañetearon... Al pasar ante un espejo, dió un grito de espanto... En vez de su propia figura, del rostro angelical que tantos estragos causaba en las mujeres, se vió convertido en el diablo, en el mismo rostro del demonio que Palester había pintado en el ventanal.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Cubrióse desesperadamente las manos y cayó en un rincón, sollozando... La imagen del conde y la de la condesa parecían avanzar hacia él como fantasmas implacables...

* * *

Pasaron unas semanas. El escándalo había sido extraordinario en toda la ciudad. Aunque Erwin procuró ocultar y tergiversar las cosas, todo el mundo comprendió la realidad.

El juez quiso exigir responsabilidades al barón, pero éste consiguió comprobar su inocencia, asegurando y así era la verdad, que el mismo conde había disparado el gatillo, apuntándolo contra su propio corazón.

El joven conquistador no fué molestado más, y no se llegó siquiera a su procesamiento. Y pudo orientar de nuevo el interrumpido camino de su vida.

Lo primero que hizo fué visitar a Virginia y a doña Remedios que estaban ya instaladas en la casa que él les proporcionara.

Dió explicaciones de su conduc-

ta, y doña Remedios, que en el fondo de su alma deseaba por sobrino a aquel muchacho millonario, le contestó:

—Estamos muy contentas de que haya salido usted libre del asunto de la condesa. Nosotras sabíamos que era usted inocente.

—La condesa me perseguía—dijo Erwin—. Yo, aquella noche, la desengañé para siempre... Ella, entonces, en un arranque absurdo, se echó bajo las ruedas de un automóvil... El marido me quiso matar, creyendo no sé qué locuras... Luchamos... y en la pelea, se le disparó el arma y se mató. ¿Qué culpa tengo de lo sucedido?

—Ninguna, barón, ninguna. Es de lamentar que esa pobre condesa tuviera esa desgracia.

—Pobre Erwin, ¡qué calvario

ha pasado usted!—interrumpió Virginia tristemente.

—¡Verme envuelto en tal escándalo! Sólo el recuerdo de usted, Virginia, me ha dado fuerzas para resistir...

Ella, la dulce jovencita, creía absolutamente en la inocencia de aquel hombre...

Aquellos acontecimientos, el ver a Erwin rodeado de peligros y con riesgo de ir a la cárcel, acabaron de encender en su corazón las más vigorosas llamas de amor.

—¡Sí, le quería!... No podía decir por qué motivo, por qué extrañas circunstancias, su alma hasta entonces fiel y creyendo ser feliz con el cariño de Octavio, había enloquecido de amor por ese muchacho de voz ardiente y de palabras arrebatadoras que habían conquistado su corazón de mujer.

Le quería... y contra esa pasión nada podía hacer... Además Octavio no había escrito una sola línea. La dejaba desamparada, se olvidaba de ella... Y Virginia creíase abandonada por aquel sabio cuyo recuerdo se iba extinguiendo de su alma.

Estaba segura de la inocencia de Erwin en el asunto de los condes de Zellner, y creyendo a pies juntillas todas las explicaciones del barón, le entregaba su amor sin reservas de ningún género.

Por su parte, Erwin experimentaba impresiones bien distintas a las que hasta entonces había tenido. La trágica muerte de los condes de Zellner de la que él era indirectamente culpable, le hicieron dirigir la vista atrás, y sintió cierto temor al comprobar el balance de su pasado.

Aquella doble desaparición, aquella mancha de sangre en su camino, le hicieron dialogar por vez primera con su conciencia.

Señor, Señor, ¿qué había estado haciendo hasta entonces? Pensó también, con el arrepentimiento final de todos los don Juanes, en las innumerables mujeres burladas, vendidas, que ahora se le aparecían como fantasmas. Y sintió miedo...

No; no era una vida honrada la suya. Había hecho mucho daño, había causado muchas lágrimas... Y el dolor de su pasado azaroso,

aventurero, inundó de melancolía su corazón.

Su amigo Palester, concreción de toda noble y pura amistad, condenó de nuevo, severamente, sus devaneos.

—Tienes el alma de diablo— le dijo un día—. Si tu alma se pudiera retratar en un espejo, te daría horror. Sería como la máscara que yo pinté en el ventanal.

Asustado ante aquellas palabras, fué aquella misma noche a mirarse a un espejo y le pareció que su rostro era horriblemente feo y tenía las mismas facciones repulsivas que el demonio pintado por Palester.

Huyó de allí con terror y pasó las horas sin poder conciliar el sueño, viendo ante sí la imagen brutal del soberano de las cavernas.

Durante varios días permaneció en un mutismo doloroso hasta que volvió a reanudar sus visitas a casa de Virginia, pues esta mujer era en las sombras que le rodeaban, la única lamparilla que le daba su luz de amor.

Junto a esa muchacha que le amaba con toda su alma, sentía que

renacía su tranquilidad. Y al propio tiempo experimentaba un sentimiento que no había sentido nunca tratándose de mujeres. No, no era la sensualidad, el anhelo de pecado, el principal factor que le llevaba hacia ella; era una cosa más apacible y dulce, incomprensible para él pero que llenaba su alma de una tibia frescura de bienestar.

Salían juntos muchas tardes. En una de ellas, paseando por la pradera de los alrededores de la capital, Erwin, olvidándolo todo, la rodeó el talle, la besó la boca y exclamó:

—¡Te amo, Virginia, te amo!

Y ella, creyéndose olvidada por parte de Octavio, repitió, sellando con otro beso aquel amor que brincaba en su alma:

—¡Yo también te amo, Erwin!

—Vuelve a decírmelo, gloria mía.

—¡Te amo, te amo, te amo!— gritó ella llenándole de besos.

—¡Virginia!

Teniéndola en brazos sintió el arrebató, el saetazo violento del pecado. ¿Por qué no hacerla suya? Pero le pareció que el rostro de él

adquiría las horribles facciones del diablo, y se apartó bruscamente de aquella mujer, deseando respetarla, no atreviéndose a manchar la bondad de su sonrisa.

Los días iban pasando en esa comedia de amor. Ya Virginia había olvidado por entero a Octavio. Aunque éste volviese, ella le rechazaría pues su corazón estaba predestinado a ser de Erwin y de nadie más. Muchas veces ella se decía cómo pudo querer a aquel sabio melancólico... No hubiera sido feliz con él... En cambio, con Erwin, que le guardaba un cariño y una gran fidelidad, se sentía la mujer más dichosa de la tierra.

Bien comprendía ella que Erwin había sido un muchacho alegre, pero no daba demasiada importancia a esos devaneos de soltero. Además, ahora le demostraba un gran amor y un gran respeto. Y eso hacía palpar de júbilo su corazón femenino.

¿Cuándo se casarían? No se atrevía a formular nunca esta pregunta, pero también estaba Virginia segura que se casaría con Erwin.

Por su parte Erwin seguía sosteniendo una violenta, una íntima, una dolorosa lucha interior.

Era otro hombre; esta era la verdad. Le habían cambiado. La sangre de los Zellner era un abismo que le separaba de su pasado. No; atravesar aquel charco, no... No quería saber nunca nada más de aquel ayer preñado de hechos delictivos que Palester con la dignidad del hombre cumplidor de los deberes le señalaba de modo implacable.

Palester le pedía también que abandonase a Virginia.

—¡E has quitado la novia a tu mejor amigo. ¡Eres un miserable!

—¡La quiero, Palester... La quiero de veras.

—Como a las demás.

—No... no... ¡Te lo juro!... La he respetado siempre... Ante ella me acobardo, soy un niño... Ella me ama también.

—Tu deber te manda abandonarla.

—No puedo, no puedo... Siento que estoy verdaderamente enamorado.

—¡Farsante! ¡Diablo!

Y le dejaba con sus melancolias y con aquel combate interior que en vano queria resolver de acorde con su conciencia.

¡Era verdad! ¡Debía dejar a Virginia! Palester tenía razón al exigirle el abandono. Y aun él ignoraba el episodio de las cartas, cómo Erwin, con criminal maldad, las habia hecho interceptar para que Virginia se creyera abandonada.

Pero era imposible. Ya no podía abandonar a Virginia. La amaba con amor espiritual, más hondo y terrible que la primera pasión pecadora que habia sentido por ella.

Dándose cuenta de la indignidad de su conducta, seguía sus dulces relaciones con Virginia, remanso de paz en la trágica conmoción de su existencia.

Y al lado de ella, olvidaba sus melancolias, entregándose a las delicias de su amor... Delicias que se limitaban a tener junto a sí a Virginia, a hablarla, a sentir su voz, a darle alguno que otro beso... Si alguna vez, el delirio del pecado le atenazaba el alma, creía Erwin

que su rostro se transformaba en una máscara diabólica y como por ensalmo desaparecian sus impetus de brutalidad.

Y los días pasaban y él seguía respetándola, como en una adoración ideal.

Un día, los novios leyeron una noticia que les produjo una gran impresión:

La importante expedición que se hallaba realizando el joven sabio Octavio Dalcroze en Borneo, ha sido ultimada con éxito absoluto. Nuestro joven amigo regresará en breve a Europa.

—¡Octavio!—murmuró ella con doloroso abatimiento—. No me ha escrito nunca. La ciencia es para él primero que yo.

—No hablemos de ese hombre. Olvidale, niña mía.

La conciencia seguía acusándole de ser un canalla; de haber obrado mal y por un momento estuvo a punto de confesar a Virginia toda la verdad, de decirle que él era el culpable de que la muchacha no recibiese noticias del ausente.

No se atrevió a tanto, y con cierto deseo de olvidar, abrazó súbitamente a Virginia y la llenó de besos, en la boca, en los ojos, en la hermosa y desnuda garganta.

Excitado por la tibieza de aquella mujer, sus manos se posaron un momento atrevidas sobre el pecho de la hermosa novia, pero súbitamente retrocedió, y Virginia le miró con terror.

¿Qué le ocurría?

—¡Nada... nada! ¡Perdóname, Virginia!—sollozó.

Y se alejó, desesperado, pues en aquel momento había visto por el espejo de un armario, su propio rostro, pero desfigurado por la máscara del demonio, por aquella misma cara que Palester puso al diablo y que era el verdadero espejo del alma de Erwin.

Y volvió a su casa, loco de terror, mientras Virginia, ignorante de lo que podía ocurrir a su novio, pensaba que debía cuidarse mucho, que sus nervios enfermos requerían una gran atención.

* * *

Pasaron nuevos días, durante los cuales Octavio se fué acercando a Europa.

Erwin, con un gran esfuerzo de su voluntad, procuraba ocultar sus inquietudes.

Un día Virginia habló del ausente con una intensa melancolía.

—Tal vez él no me haya olvidado—dijo—. Ha tenido que dedicar todo sus momentos a la ciencia. Ahora al volver, acaso espere

encontrar todas las cosas como estaban, pero todo ha cambiado... ¡Yo no puedo amarle! ¡Yo soy ahora otra mujer!

Erwin, sumido en hondas meditaciones, callaba.

—¿Qué sabrá él de mi vida, de mis temores y de mi lucha conmigo misma?—continuó ella—. Octavio me ha olvidado. Su trabajo era toda su vida, su única gloria.

Erwin irguió la cabeza. ¡Afuera

preocupaciones! Y dando un rápido beso a aquella mujer, le dijo:

—No pienses más en ese hombre, te lo suplico. Tú sufres, pero no importa. El amor no es quietud ni tranquilidad... El amor es una locura que no entiende de risas ni de penas.

—¡Erwin!

—¡Virginia de mi vida! ¡Te amo como jamás ha sido amada mujer alguna!

Estaban el uno frente al otro.

Volvieron a besarse con tierno afán hasta que la imprevista llegada de doña Remedios interrumpió el idilio.

Erwin, nervioso, se despidió de su amada y de la insufrible tía que deseaba que cuanto antes se celebrase el matrimonio.

Marchó Erwin y quedó vagando durante largo rato por la calle mal alumbrada por una única bombilla eléctrica.

Sus ojos contemplaban con atención una ventana iluminada; la habitación de Virginia.

Esa mujer, ¡cómo le había hecho suyo! Pero ahora, en aquella noche febril, excitado aún por la

caricia de los besos y por cierto extraño remordimiento, sentía la necesidad de vivir unas horas intensas de embriaguez durante las cuales su pasado pudiera borrarse.

Los alcohólicos aman el vino, y en los vapores de la borrachera encuentran un olvido momentáneo... Erwin no se había emborrachado nunca... sino de amor.

Se sentía loco. El don Juan que vivía en él resurgía para su tormento haciéndole ver que allí cerca estaba una presa encantadora, una criatura virginal y pura a la que era fácil rendir.

Sí, entraría en su cuarto, pasaría, para olvidar sus pesares, unas horas desesperadas de amor... Y si luego venían otros remordimientos, los mataría con nuevos placeres, hasta que la muerte le liberase al fin de todo suplicio.

Y olvidando por un instante los propósitos de respetar a Virginia que se había hecho en los últimos tiempos, reviviendo en él el malvado, entró furtivamente en la casa y se encaminó sigilosamente, procurando hacer el menor ruido

posible, a la habitación de Virginia.

Esta se hallaba ante su tocador, meditando en las continuas alteraciones de su novio.

Creía que Erwin estaba enfermo. Era preciso que se cuidase mucho. Tal vez una temporada en el campo...

¿Cómo iba ella a suponer nunca la verdadera causa de las inquietudes morales de su novio?

Vió por el espejo a Erwin que avanzaba cauteloso por la alcoba.

Volvióse y ahogó un grito en la garganta.

—¡Erwin! ¡Tú, aquí!—murmuró, sorprendida.

—¡Virginia! —dijo él yendo apasionadamente a sus brazos—. ¡Te necesito!... Quiero que seas mía, mía... Tú me amas... Contigo me encontraré a mí mismo otra vez.

—Pero... Erwin... no... no...—murmuraba ella, con lágrimas en los ojos, mientras él la llenaba de besos.

Pero de nuevo Erwin vióse retratado en el espejo del tocador. Lanzó un grito, retrocediendo asustado. ¡Otra vez la imagen del diablo! Otra vez su rostro mostrando la verdadera figura de su alma, criminal, artera, malvada...

Avanzó hacia el espejo y se echó a llorar desesperadamente.

—¡No... no! ¡Qué infame... qué infame soy!—dijo.

—Erwin, ¿qué te pasa? Me das miedo.

—Soy un miserable... Perdóname... perdóname... Para mí debes ser sagrada... Yo no merezco tu amor... ¡Soy el diablo... el diablo!

Y desapareció como un loco, mientras Virginia se echaba a llorar temiendo por la razón de su novio.

¿Qué querían significar aquellas palabras? ¿Y aquella actitud? ¿Y aquella mirada espantosa?

Y presintiendo alguna desgracia, cubrióse el rostro y lloró amargamente, sin consuelo.

* * *

Pasó Erwin una noche de horror... Le sorprendió la mañana sin haber podido conciliar el sueño.

Estaba lívido, pálido, con terribles ojeras en el rostro como violetas marchitas.

Volvió a mirarse al espejo, su eterna preocupación desde que sus nervios excitados le traían la visión de la máscara del diablo.

—¡Yo amo a Virginia!—repetía—. ¡La quiero! ¡Es mi único amor! ¡Pero es demasiado tarde, demasiado tarde! ¡Me persigue el pasado! ¡No tengo derecho a amar a esa mujer!

Y de nuevo le pareció, al mirarse en el espejo, que su rostro se transformaba, volvía a adquirir aquellas facciones repulsivas de sátiro diabólico.

—No... yo no soy así... Mi al-

ma no es así—gimió con desesperación.

Y enarbolando un bastón, empezó a romper el cristal, y en cada uno de los pedazos creía seguir viendo su máscara diabólica.

Una voz de timbre conocido le estremeció y volvióse rápidamente.

Ante él estaba Octavio Dalcroze que el día anterior había llegado a Viena.

El joven barón, respirando penosamente, dejó caer el bastón y miró horrorizado a aquel hombre que parecía ser la expresión viva del pasado, levantándose acusador y terrible.

—¡Octavio!—murmuró.

—Pero, Erwin, ¿qué te sucede? ¿Por qué obras de una manera tan extraña? ¿Por qué rompías el espejo?—exclamó, inquieto.

—Perdóname... Mis nervios excitados... perdóname... No hablemos de mí...

—¿Qué tienes? Tú estás enfermo. ¿Por qué me miras de esa manera? Diríase que te causo horror.

—No, no. Es la sorpresa de verte tan inopinadamente. No creía que llegarías tan pronto.

—Llegué anoche. He ido hace poco a casa de Virginia y me han dicho que ha trasladado su residencia. ¿Sabes dónde está?

—Sí...—respondió, febril.

—Estoy inquieto... No me ha escrito una sola línea... no sé nada de ella. Y tú tampoco me has escrito, amigo mío. ¿Por qué dejaste sin contestación mis cartas?

—No sé... yo no sé nada—dijo cada vez más tembloroso.

Octavio, hombre sereno, le miró con atención... ¿Por qué aquella actitud? ¿Qué significaba aquella manera de comportarse de su amigo? Y con voz suave, dijo:

—Erwin, mi querido amigo, sospecho que algo terrible ha ocurrido durante mi ausencia. Debes explicarme, lo quiero.

Y sus ojos tranquilos y azules

le miraban sin rencor. Erwin se estremeció. ¡Aquel hombre simbolizaba la conciencia, la forma tangible del castigo!

—Vete... vete... ¡No me llames tu amigo!—gimió.

—Pero, Erwin, ¿qué es eso? ¿Por qué?

—Huye de mí... todos debéis huir de mí...

—Yo no te abandonaré, Erwin, amigo mío.

—No soy tu amigo, no puedo serlo—dijo con un anhelo feroz de confesar, de quitarse de encima el peso de sus culpas—. Mirame bien a los ojos. ¿No ves en mí al diablo?

—Pero, ¿te has vuelto loco, Erwin?

—¡Ojalá! No, no lo estoy... Soy un malvado.

Corrió hacia un armario y sacando dos paquetes de cartas, dijo:

—No puedes ser mi amigo... Perdóname... Tus cartas... y las tuyas, las de Virginia, ¿comprendes? Yo, yo las he secuestrado, las he interceptado.

—¡Eh! ¿Qué dices?—gritó fe-

rozmente Octavio, sin comprender aún.

—Sí, quiero confesarlo todo; me ahoga la culpa, quiero confesarlo. Hice creer a Virginia que tú la habías olvidado, Tenté su fe, puse en peligro su virtud...

—¡Miserable! ¡Mal amigo!

—Merezco tus injurias... las merezco... Ella me ama... yo la adoro.

—¡Desdichado! Virginia ha sido, pues, una de tus víctimas, una más de tus infames conquistas... Y yo, necio de mí, pude confiar en tu amistad...

—La amo con una locura que jamás podrás comprender—siguió diciendo Erwin con palabra temblorosa—. Pero su amor ha sido distinto para mí a todos los demás, un amor fatal, contra mi propia voluntad. Nada ha podido evitar nuestro cariño.

—¡Seductor! Te has aprovechado de mis ausencias, nos has engañado villanamente... Y todo es irremediable. Esa mujer es para ti un nuevo capricho, una amante más, una amiga más, ¿verdad? Y

yo, lejos de ella y sin poder defenderla contra ti.

—No, Octavio, Soy realmente un miserable... pero Virginia es honrada y pura. ¡Te lo juro!

—Embustero, embustero... ¡Has mentido siempre a todos cuantos te rodeaban!—gritó—. ¡Cómo no ibas a mentir también en esto?

—No, Octavio. No me creas así... Algo misterioso, el horror del diablo que llevo dentro de mi alma, me ha hecho respetar a esa mujer.

—No te creo... Tú planeaste todas esas infamias la primera noche que la viste... Ahora me doy cuenta... Las famosas perlas... y toda tu falsedad repugnante.

—Es inocente. Para mí, Virginia fué sagrada.

—¡Mientes, cobarde! Voy a poner fin a tus engaños, a tu traición.

Arrojóse sobre la vitrina donde Erwin guardaba sus armas, y como un día había hecho el conde de Zellner, rompió el cristal de un puñetazo y cogió un revólver.

Erwin quiso ir hacia él, pero Octavio le gritó:

—¡Muere, perro traidor!

Disparó un tiro contra el barón Erwin y la bala vino a herirle en un costado.

Palideció el joven aristócrata, pero permaneció impasible, sin moverse, deseando que su amigo disparase más y más contra él y le quitase la vida que ya era una carga pesada.

Pero Octavio, como si se arrepintiera de su impulsivo acto, tiró el revólver y avanzó hacia una cercana salita dejándose caer abatido sobre un sofá.

El mayordomo de Erwin entró rápidamente en el despacho, atemorizado por el disparo que acababa de oír.

Erwin, pálido y tranquilo, le dijo:

—¡No es nada! Estaba examinando una pistola y se ha disparado. No estoy herido.

—¿Necesita algo de mí, señor?

—No. Puedes retirarte.

Marchó el mayordomo, pero preocupado por la lividez de que daba muestras su señor. ¿Qué podía ocurrirle?

Volvieron a quedar a solas los dos hombres. Octavio en la salita cercana, con el corazón pleno de amargos pensamientos; Erwin, de pie en su despacho, apoyándose en un sillón y teniendo una de las manos en el costado donde sentía como la sensación de una piedra caliente.

De pronto, abrióse rápidamente la puerta y apareció Virginia.

Desde la cercana habitación separada del despacho por una larga

cortina, Octavio se estremeció al oír la voz añorada de la amada.

¡Ella, Virginia, allí!

La traición seguía siendo paten-

te. ¿Y aun a él le había faltado valor para disparar el segundo tiro contra Erwin?

—Erwin—dijo Virginia adelantando hacia el barón con una bondad en que había ternuras de novia y de madre—. ¿Cómo te encuentras? Realmente estás enfermo, muy enfermo. Creo que deberías marchar al campo.

Erwin, friamente, exclamó interrumpiendo sus palabras:

—¿Octavio ha vuelto!

—¿Eh... ¿Cómo lo sabes?—dijo adquiriendo su voz rápidamente una manifiesta intranquilidad.

Erwin no respondió. Le faltó valor para alzar la mano y decirle: ¡Ahí, ahí lo tienes!

—Vamos a su casa a confesarle toda la verdad—dijo ella con la decisión nerviosa de las mujeres—. Octavio es bueno... y nos perdonará... Yo le diré que mi amor por él fué un error, que equivocadamente creí amarle, cuando no sentía otra cosa que una amistad fraternal... Vamos a decírselo, Erwin...

Desde su escondite, Octavio es-

cuchaba aquellas horribles palabras, cada una de las cuales era un inigualado suplicio para su alma.

¡Ingenuo! ¿Y él había podido creer nunca que aquella mujer le amaba?

Erwin, frío, dijo:

—Virginia, yo he hablado con Octavio. La verdad se la he dicho ya.

—¿De veras? ¿Y qué ha ocurrido? ¡Por Dios, Erwin, habla! ¿Se ha disgustado mucho? ¿Sufre mucho? ¡Pobre muchacho, si pudiera evitarle ese dolor!

Octavio, detrás del cortinaje, apretaba los dientes para no estallar en un trágico sollozo.

Erwin dirigió sus ojos hacia aquella dirección. Le pareció estar viendo a aquel pobre hombre sufrir una hora espantosa.

¿Cuánto mal le había hecho!

¿Por qué él, Erwin, tuvo nunca que poner sus ojos en aquella mujer que debía ser inaccesible, sagrada?

¡Infame! Pero su alma sentía una sola satisfacción. El había respetado a Virginia. Podía devolver intacta, pura como las vírgenes, a

aquella mujer... Y se dispuso, con heroico valor, a sacrificarse.

Renunciaría a Virginia... la única mujer que podía librarle eternamente de su mala conducta, hacer de él un hombre digno y espiritual.

Mirando a Virginia, no olvidando que Octavio estaba escuchándolo todo, Erwin habló así:

—Virginia, a ti también te debo confesar la verdad. En el primer momento creí que iba a enamorarme de ti, pero poco a poco tu mentalidad de colegiala llegó a fatigarme... Tu ridículo pudor se me hizo intolerable... Yo sólo te deseaba... como he deseado a todas las demás mujeres... como un capricho nada más. Y mira si he sido malo que para alcanzar tu posesión, yo mismo, yo mismo, sustraje la correspondencia entre Octavio y tú... Yo provoqué el silencio, el abandono... Pero Virginia, tú eres inaccesible... y no me interesas, por tanto. Vuelve con Octavio, tal vez él te perdone... Yo... yo...—dijo sonriendo melancólicamente—caeré abrazado a mi vida de libertad.

Ella no oyó estas últimas frases. Lágrimas de dolor se deslizaron por sus ojos. En su rostro había una huella imborrable de sufrimiento. Tenía el aspecto de una heroína de Shakespeare.

—No me mires tan trágica—dijo él—. Me haces reír... Olvidame... No merezco eso.

¡Ay, aquella confesión!

—¡Olvidame, Virginia!—seguía diciendo el arrepentido tenorio.

—¡Infame... infame!—sollozó ella—. ¡Y yo puse en ti mis ilusiones, mis esperanzas, mi cariño honrado!

—¡Virginia!—gritó conmovido y siendo más fuerte su amor que la mentira de su indiferencia—. ¡No llores, alma mía, no sufras!... ¡He mentido... he mentido!... Perdóname, Virginia! Te amo sobre todas las cosas.

—¡No... no me quieres! Yo sí, yo te amaba como nunca amé...

Un hombre, arrastrando los pies, avanzó hacia el despacho. Erwin, inalterable, no movió ni un músculo al verle aparecer... Virginia, en cambio, quedó aterrada.

—Octavio...—dijo Virginia yen-

do hacia él—. ¿Estabas aquí? Entonces...

—Todo lo he oído—dijo tristemente—. No hay necesidad de que te excuses ante mí. Sé que tu amor que me brindabas otros días se ha convertido en un cariño fraternal...

—Yo...

—Dime sólo una cosa, Virginia. ¿Le amas aún?

Señaló a Erwin que se estremeció.

—Sí... sí...—repuso ella bajando la cabeza.

—¡No puede ser!—suplicó Erwin—. Has de ir con él, Virginia. Lo quiero, lo exijo.

—Ella te ama—repuso Octavio, friamente—. Yo ya no puedo juzgarla. Tú la quieres con toda tu alma, aunque hayas mentido hace poco diciendo lo contrario... He comprendido tu comedia, Erwin... Adiós, no seré un obstáculo... adiós... y perdóname, Erwin.

—¡No, Octavio, por favor! No marches así—le dijo su amigo.

—Déjame...

Y abriendo rápidamente la puer-

ta, escapó, desapareciendo escalera abajo hacia la calle.

El noble muchacho había comprendido que el corazón de Virginia no sería nunca suyo y renunciaba a tomarlo por la fuerza.

Erwin dijo, desesperado, a su amiga Virginia, impasible y dolorosa:

—¿Debes ir con Octavio!... Corre a buscarle... Tu sitio está junto a él... Yo soy un malvado, un criminal que no merece tu respeto.

—Mi sitio no está allí, Erwin—respondió con melancolía—. No amo a Octavio... como ha de amar una novia... Era a ti a quien amaba. Tú que tan mal estás pagando mi cariño.

—Virginia, ya que Octavio está fuera, he de decírtelo. No te quería como a una de tantas mujeres, sino como la única, como la que se lleva al altar... Pero ahora no es posible... Soy demasiado vil para unirme contigo.

Virginia, heroína de amor, cogió una de las manos de Erwin.

—Mi sitio está al lado tuyo... Tú eres el único hombre a quien he amado en mi vida.

—Virginia — exclamó, maravillado—. ¿Eso significa entonces que todavía me amas después de lo que he dicho, después de lo que he hecho?

Ella bajó los ojos. Sus labios dulces murmuraron aún:

—¡Te amo!

—Pero, Virginia—continuó él, dispuesto a sacrificarse, a huir de aquella mujer que amaba—. ¡Mírame a la cara!... ¿No puedes ver en mis ojos mi tenebroso pasado? ¿No ves en mí a un diablo, a la máscara del diablo?

—No, Erwin... Sólo veo en ti al hombre a quien quiero, a pesar de todo...

El la abrazó contra su corazón

—Pues entonces... ¡sea, compáñera mía!... Nos casaremos... Si tú me amas como dices, aun reinará para mí la felicidad. Porque tú eres también la única mujer, y sin ti volvería caer en los abismos de mi pasado...

—No pienses en eso, Erwin,

pero ¿qué te sucede? Estás tan pálido. Se diría que estás enfermo.

El se puso la mano en el costado.

—No es nada... Una pequeña herida que me causé jugando con una pistola. Llama al médico. Me siento más fuerte que he sido nunca en mi vida, Virginia.

—¿Herido y no decías nada? Pero eso es una locura.

—No temas... Viviremos... la vida será hermosa para los dos... Tu cariño me dará fuerzas para todo.

Virginia corrió a advertir al mayordomo. Al poco rato llegó el médico.

Examinó a Erwin encontrando que por fortuna la herida no había interesado ningún órgano importante.

Era cuestión de unos días de descanso... Y Virginia suspiró, viendo seguro y definitivo el amor del hombre que ya no quería morir.

* * *

Y con los meses se olvidó la tragedia... Virginia y el barón Erwin de Reiner se unieron en matrimonio... Nunca más volvió Erwin a sentirse atormentado por el ansia de aventuras. Había sentado ya definitivamente la cabeza y encontraba en el regazo de Virginia la blandicie de un verdadero amor.

Octavio marchó de Viena, yendo a establecerse en París... El amor a la ciencia le hizo olvidar su lamentable aventura sentimental... Y con los años fue olvidando aquella melancólica pasión y se enamoró de otra mujer, una criatura tan buena como hubiera podido serlo Virginia y que le amaba con la lozanía fresca de una colegiala.

No volvieron a verse los dos

amigos. Acaso el recuerdo hubiera ensombrecido la dicha de los dos.

Y el conde de Palester, el pintor del famoso ventanal, mostróse orgulloso por la nueva vida de su amigo y bendijo una y mil veces la hora en que puso al diablo un rostro inspirado en el alma del antiguo conquistador.

Porque la máscara diabólica había sido lo que evitó que Virginia fuera para Erwin algo parecido a lo que venían siendo las demás mujeres que el barón conociera; flores de un día, estrellas de una noche, encajes de espuma, humo en el azul.

Mientras que ahora, llevando pura e inmaculada al altar a la que debía ser su mujer, la felicidad de Erwin iba a tener la permanencia incommovible del granito.

FIN



La maravillosa obra de arte del famoso

MURNAU

(director de AMANECER y CUATRO DIABLOS):

El pan nuestro de cada día

por **Charles Farrell** y **Mary Duncan**

¡CONMOVEDOR ASUNTO!



COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre. — El Gran Desfile. — Miguel Strogoff
o El Correo del Zar. — La princesa que supo amar.
El coche número 13. Sin familia. — Mare Nostrum.
Nantás, el hombre que se vendió. — Cobra. — El fin de
Montecarlo. — Vida bohemia. — Zazá. — ¡Adiós, juven-
tud! — El judío errante. — La mujer desnuda. — Casa-
nova. — Hotel Imperial. — La tía Ramona. — Don Juan,
el burlador de Sevilla. — Noche Nupcial. — El Séptimo
Cielo. — Beau Geste. — Los Vencedores del Fuego. — La
Mariposa de Oro. — Ben-Hur. — El Demonio y la Carne.
La Castellana del Líbano. — La Tierra de todos. — Trí-
poll. — El Rey de Reyes. — La ciudad castigada. — Sangre
y Arena. — Agullas triunfantes. — El Sargento Malacara.
El Capitán Sorrell. — El Jardín del Edén. — La Princesa
mártir. — Ramona. — Dos Amantes. — El Príncipe estu-
diente. — Ana Karenina. — El destino de la Carne. — La
mujer divina. — Alas. — Cuatro hijos. — El carnaval de
Venecia. — El ángel de la calle. — La última cita. — El
enemigo. — Amantes. — Moulin Rouge. — La Bailarina
de la Opera. — Ben-Ali. — Los Cuatro Diables. — ¡Me,
payaso, ríe! — Volga, Volga. — La Sinfonía Patética.
Un cierto muchacho. — ¡Nostalgia!... — La ruta de Sin-
gapore. — La Actriz. — Mister Wu. — Renacer. — El des-
pertar. — Las tres pasiones. — La melodía del amor.
Cristina la Holandesa. — ¡Viva Madrid, que es mi pue-
blo! — Sombras blancas. — La copla andaluza. — Los
cosacos. — Icaros. — El conde de Montecristo. — La mujer
ligera. — Virgenes modernas. — El Pagano de Tahití. —
Estrellas dichosas. — Esto es el Cielo. — La senda del 98
Espejismos. — Evangeline. — Orquídeas salvajes. — El
caballero y Egoísmo.

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colec-
ción, la cual será considerada la Biblioteca más amena,
selecta e interesante.

¡GRAN ÉXITO!

La Novela Eva

(Publicación semanal de novelas modernas)



Números publicados:

La rubia del taxímetro. — La manicura que no
sabía decir que no. — Santa Madrona. — Impresión... eléctrica. — Encarna, la enigmática. —
Casada... y como si nada. — Cuatro maridos. —
El caso de Clarita. — Lasota es un "as". — Por
la cuenta de nueve. — El lunar de Magda. — Tres...
eran tres.



INMEJORABLE PRESENTACIÓN
ILUSTRACIONES EN EL TEXTO

Precio: 30 céntimos

La Novela para todos

(Publicación semanal de novelas para todos los gustos)

NÚMEROS PUBLICADOS:

Mary la buena, Mary la mala

por Manuel Reinaín Solomayor

La que no pudo ser mala

por Sara Irujo

La estrella de los montes

por R. Merchán Varga

Ella, El y el Perro

por Jorge Clary

Alicia, la divina amante

por L. Linares Lorca

Una mujer extraña

Mariano San Ildefonso

Se necesita un socio capitalista

por C. Montellano

Gente de ahora

por Antonio Guardiola

La Nochebuena en el Penal

por Alfonso Vidal y Planes

COLABORACIÓN SELECTA EXCLUSIVAMENTE
NACIONAL

Ilustraciones en el texto

Precio: 30 cts.

Los éxitos del cine sonoro

FOLLIES 1929
Broadway Melody
LETRA Y MÚSICA
El mundo al revés
Casados en Hollywood

publicados por

Ediciones BISTAGNE

en lujosas novelas con ilustraciones.

EN PREPARACIÓN:

Un plato a la americana

por **Janet Gaynor** y **Charles Farrell**.

¡El mayor triunfo del cine sonoro en Madrid,
donde se está actualmente proyectando!

Precio: **50 céntimos**

Las mejores novelas de cine son:

La Novela Semanal Cinematográfica

La Novela Americana Cinematográfica

La Novela Frívola Cinematográfica

Los Grandes Films de
La Novela Semanal Cinematográfica

y las selectas Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

¡Siempre lo mejor!

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbañá, 16. — Madrid: Ferraz, 21.
